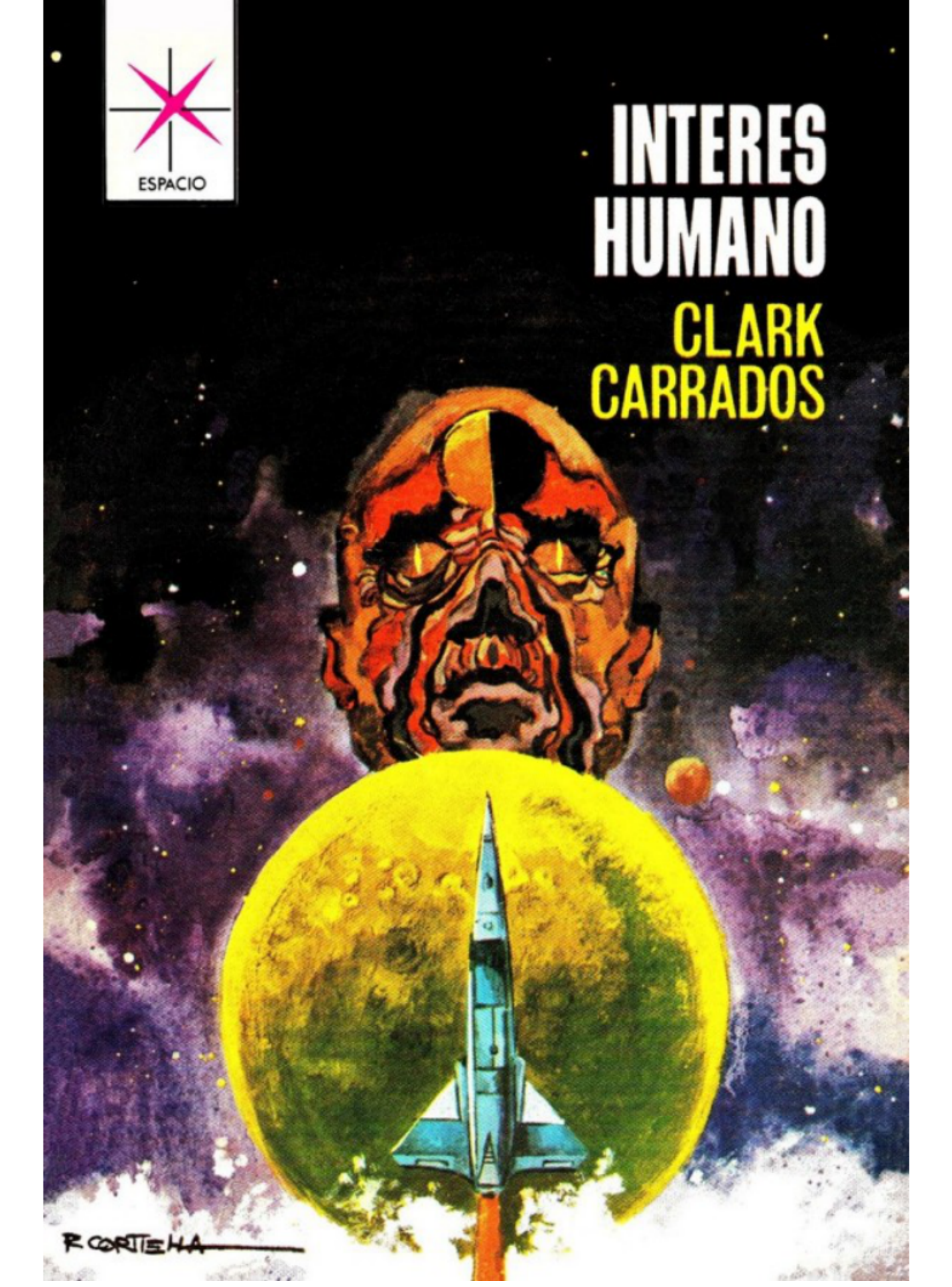

ESPACIO
INTERES HUMANO
CLARK CARRADOS
R CORTIELLA

CLARK CARRADOS

INTERÉS HUMANO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 131
Buenos AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 26.633 —1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

A veces, cuando el director de una revista tiene poco material para sus lectores, suele concebir ideas peregrinas.

Como la que se le ocurrió a mi jefe cierto día en que andaba algo escaso de originales. Me llamó y me dijo que fuese a entrevistar a Lance Morony.

Yo debí de poner una cara de idiota terrible. En mi vida había oído hablar del tal Morony.

—¿Quién es ese tipo, jefe? —pregunté con la ingenuidad de un chiquillo de pocos años.

Mi jefe, Burt Wyle, me anonadó con una mirada de sus duros ojos, que centelleaban debajo de un par de espesos cepillos de ásperas cerdas grises, que él llamaba cejas.

—En mis tiempos —tronó—, un redactor, antes de hacer esa pregunta a su director, habría corrido al archivo...

—Ya, ya —corté la tormenta antes de que se iniciase, ahora con la frescura propia de mis veintinueve años—. Pero ¿para qué ir al archivo si usted puede decírmelo en cuatro palabras que lo sintetizarán todo mejor que la mejor carpeta de archivo?

Mi jefe se esponjó. Humano, al fin, no era insensible a la coba.

—Morony fue, si no el descubridor, sí el primer terrestre que estuvo en Vtrux —declaró.

—Ah, ya, Vtrux —dije, como podría haber dicho Pampirolandia—. Y, ¿a qué fue a Vtrux?

—Morony encontró allí la Fuente de la Juventud.

—¡Atiza! —exclamé sin poder contenerme.

—No es broma, Rick —dijo mi jefe, muy serio—. Algunos dicen que llegó a encontrarla.

—Hace siglos, un tal De Soto también la buscaba por Florida. Pero no parece que la encontrase —respondí.

—De Morony se asegura que la encontró en Vtrux. ¿Por qué no vas a ver qué hay al respecto?

—¿Cuándo ha vuelto Morony de Vtrux? —inquirí.

—Hace ya veinticinco años, Rick.

—¡Vaya! —resoplé—. Yo creí que me diría usted que Morony había vuelto de Vtrux hace dos siglos. Pero... sólo hace de su vuelta veinticinco años y... ¿Cuántos tiene?

—Unos cincuenta y cinco, Rick. Debía de tener treinta cuando desembarcó en Vtrux y, según se dijo siempre, aunque no se comprobó, encontró la Fuente de la Juventud.

—¿Lo admitió él, jefe?

—No. Siempre lo negó y, durante mucho tiempo, fue acosado desde todos los sitios para que dijese si había encontrado ese maravilloso paraje, pero nadie consiguió sacarle nunca la verdad de lo que pasó o hizo en Vtrux. Hizo luego un par de viajes a otros planetas, pero a los treinta y cinco años, aproximadamente, se encerró en su casa y desde entonces vive allí, sin salir de ella, como un ermitaño.

Aquello empezó a animarme.

—Puede resultar una información de interés —dije.

—Durante más de veinte años, Morony ha rechazado sistemáticamente a todos los periodistas. Quizá se ha cansado y puede que acceda a recibirte, Rick. A veces, un hombre necesita desahogarse...

—Es usted todo un psicólogo, jefe —sonreí—. Quizá acierte y Morony se desahogue conmigo. Pero deje que le diga que no me creo lo de la Fuente de la Juventud.

Mi jefe se repantigó en el sillón.

—Yo tampoco me lo creo, Rick —confesó—. Pero es indudable que Morony encontró algo en Vtrux. ¿Qué halló? Nunca se ha sabido ni él quiso decirlo. Acaso ahora nosotros tengamos esa suerte, Rick.

—Quizá —admití con cautela—. Oiga, jefe, si eso de la Fuente de la Juventud resultase cierto, vender el agua que mana de ella a tanto el botellín, haría rico a quien consiguiese el negocio, ¿ eh?

—Rick, no digas tonterías —refunfuñó mi jefe—. No se trata de dinero, sino de interés humano.

—Sí, claro, y de vender ejemplares de la revista —contesté mordazmente, mientras emprendía una prudente retirada hacia la puerta—. Lo cual, en medio de todo, no deja tampoco de tener interés

humano.

Mi jefe me tiró un cenicero a la cabeza. Yo lo esquivé; estaba acostumbrado a ello.

—¡Rick! —me llamó a gritos cuando ya salía.

—¿Sí, jefe?

—Todavía no me has preguntado dónde vive Morony.

—Ni tampoco de qué vive, jefe.

—Muy gracioso, Rick. Morony vive en Pemberton Lake, «Villa Svyria». ¿Entendido?

—Hay nombres peores para designar una residencia campestre —contesté—. Vendré con el reportaje o cuatro granaderos del espacio traerán una arqueta con mis cenizas —prometí en tono solemne.

Esta vez, lo que vino hacia mí fue un pesado diccionario, pero yo ya había cerrado la puerta.

* * *

Uno, mejor o peor, conoce el oficio, así que me pasé por el archivo de «I.H.» (Revista Semanal de Noticias e Informaciones de Interés Humano), que así se denominaba el semanario para el cual trabajo, y en él me enteré de muchas cosas concernientes a Lance Morony.

Lo que no pude, sin embargo, fue deducir los motivos de su silencio. Sí supe que la fábula del hallazgo de la Fuente de la Juventud no se debía a él, sino a los tripulantes de su nave. Morony jamás confesó haber hallado la famosa fuente.

Pero de la carpeta del archivo sí obtuve un dato interesante. E intrigante.

En efecto, Morony había llegado a Vtrux con su nave, en viaje de exploración. Vtrux era un planeta de aspecto muy atractivo y perfectamente habitable. Un día, Morony dijo que iba a explorar los alrededores del campamento de investigación, tomó un bote auxiliar y se marchó.

Desapareció.

Sus tripulantes llegaron a darle por muerto. Indudablemente, lo habrían abandonado en Vtrux, de no haber sido por una imprevista avería en la nave, que les retuvo en aquel planeta más tiempo del calculado. La exploración, en fase mínima, de un astro presuntamente habitable, requiere no menos de seis meses. Aunque parezca mentira, reparar aquella avería les costó casi otro tanto.

Morony reapareció cuando ya la nave estaba a punto de zarpar hacia la Tierra. Sin embargo, nunca quiso decir qué le había pasado durante aquel período de casi un año de ausencia.

Y nadie habría sabido de su presunto hallazgo de la Fuente de la Juventud, a no ser por unas palabras que pronunció en sueños y que escuchó de modo accidental uno de sus tripulantes.

El tipo lo comentó con sus compañeros y las palabras de Morony fueron objeto de jocosos y aun burlones comentarios en la sala de descanso de la tripulación. Pero luego ocurrió algo que hizo tomar más en serio los sueños en voz alta de Morony.

Lo que ocurrió fue...

Un súbito choque interrumpió mis pensamientos. Alguien me golpeó en el hombro y me tambaleé, perdido momentáneamente el equilibrio. Pero logré recuperarme y miré con ferocidad al causante del choque.

Mi ferocidad se trocó en el acto en amabilidad.

—Lo siento —dije.

—La culpa es mía, señor —manifestó la chica, con radiante sonrisa. Tenía un papel en la mano—. Iba buscando una calle...

—Si puedo ayudarla, lo haré con mucho gusto

—me ofrecí.

—Se lo agradeceré infinito, señor —dijo la chica—. Se trata de la calle Wohr-Ligg. ¿Sabe usted dónde está, por casualidad?

—Por casualidad, no, sino porque vivo relativamente cerca de ella, señorita. Mire, siga todo recto, cuente tres manzanas, doble a la derecha y la segunda calle transversal: ésa es Wohr-Ligg. ¿Me ha comprendido?

Los ojos de la chica despidieron un destello de alegría.

—Muchas gracias, señor...

—Uthmer, Richard Uthmer —me presenté.

—Yo soy Helen Glarr. Creo que ha sido una fortuna para mí encontrarme con un caballero tan amable como usted.

—Es lo menos que podía hacer, señorita Glarr.

Helen tendió una mano.

—Encantada, señor Uthmer —se despidió.

—El gusto ha sido mío, señorita Glarr —contesté.

Luego, cuando ella siguió andando, me volví para mirarla.

Tenía un tipo precioso, desde luego. Y sabía realzarlo con aquella especie de mono de cuero rojo oscuro, cuyos pantalones eran cortitos y dejaban ver unas piernas realmente estupendas. El color leonado de su

larga cabellera, suelta y libre, contrastaba de modo agradable con el color de su vestido.

—Una chica estupenda —me dije.

Y seguí andando, mientras continuaba con mis pensamientos respecto a la entrevista con el capitán Morony y su Fuente de la Juventud.

Morony había sabido elegir bien el lugar de su retiro, lo comprobé a media tarde, cuando llegué en mi helimóvil a Pemberton Lake.

«Villa Svyria», era una posesión rodeada por una alta tapia, que no quitaba, sin embargo, vista al lago que daba nombre al lugar. El jardín tenía un aspecto enteramente mediterráneo y en él abundaban los mirtos y los Cipreses y había numerosos y bien cuidados setos de boj. Los rosales estallaban de flores, que embalsamaban el ambiente.

Era una decoración agradabilísima para una casa de una sola planta, con un largo porche de sencillos arcos de medio punto, blanqueados los muros y las paredes y con los techos de vigas de madera oscura. Un lugar, en suma, hecho para el reposo del cuerpo y del espíritu, un sitio donde un hombre atormentado, coma, tal vez, Morony, podía hallar la paz para su mente asaetada por amargos recuerdos.

«Villa Svyria» era también un lugar hermoso para morir.

Porque Morony estaba muerto cuando yo llegué.

CAPITULO II

La entrada al jardín estaba cerrada corrientemente por una artística verja. Cuando yo llegué, uno de los batientes estaba entreabierto.

Crucé la entrada. A pocos pasos, estaba la caseta del perro, con la clásica inscripción latina: Cave canem (Cuidado con el perro).

Pero el can, un hermoso danés blanco y negro, estaba muerto.

Aquello fue un choque para mí. El animal no había tenido defensa posible ante el dardo envenenado que le habían disparado desde la verja, probablemente antes siquiera de que empezara a ladrar.

Avancé a lo largo del sendero que conducía a la casa. El silencio era absoluto. Sólo se percibía el leve murmullo de la brisa al agitar las hojas de los árboles del jardín.

La puerta de la residencia estaba igualmente abierta. Lance Morony se hallaba en un diván, con la cabeza un poco inclinada a un lado.

Parecía dormitar apaciblemente. Pero estaba muerto.

Inspiré con fuerza varias veces. Todo aparecía en orden, al menos, a primera vista. Pensé que la muerte de Morony se debía a un colapso, pero, recordando al perro muerto, rectifiqué de inmediato.

Alguien había asesinado al supuesto descubridor de la Fuente de la Juventud.

¿Quién?

¿Por qué?

Preguntas que surgían de inmediato. Pero ¿quién las contestaba?

Me acerqué al cadáver, que no lo parecía en absoluto. Morony había sido un hombre apuesto, muy fornido aún y sin que en su pelo negro se viese una sola hebra blanca. Había sido de la clase de hombres que atraen instantáneamente a las mujeres, aun sin proponérselo.

Y ahora estaba muerto.

¿A causa de…?

Morony estaba vestido con una simple camisa y unos pantalones de hilo. En la pechera de la camisa divisé un diminuto agujerito rojo.

Alguien le había disparado un proyectil envenenada, seguramente, de la misma clase que el que había fulminado al can. La muerte había debido de sobrevenir instantáneamente.

Yo no podía hacer nada, ni mucho menos andar tocando objetos o muebles de la casa. Esto correspondía a la policía.

En modo alguno tenía ganas de que me metiesen en un buen lío. De todas formas, ya tenía el reportaje… aunque no en la forma en que mi jefe había deseado.

Pero había algo en lo que habíamos fracasado.

Morony se llevaba su secreto a la tumba.

¿Había encontrado realmente la Fuente de la Juventud?

Nunca lo sabríamos, me dije, mientras me acercaba al fonovisor, a fin de dar aviso a la policía.

De pronto se oyeron pasos. Varias personas irrumpieron en la sala.

Una mujer gritó:

—¡Quieto ahí o le abraso!

* * *

Yo me volví, estupefacto.

Eran cuatro las personas recién llegadas, tres hombres y una mujer.

Ella era alta, arrogante, de senos opulentos, vestida con cierta sencillez, aunque llevaba sobre los hombros un largo y ondeante manto de cierto corte guerrero, azul oscuro, con grecas doradas. Tenía el pelo muy rubio, pero sus ojos parecían hielo puro.

No era ya una jovencita, aunque tenía todo el atractivo de una madurez bien conservada. Y, a juzgar por su voz y sus ademanes, era una mujer enérgica, de genio.

Los hombres que la acompañaban vestían de un modo anodino: monos grises, sin distintivos, y cascos sencillos del mismo tejido. Pero llevaban pistolas al cinto.

Me dieron la sensación de ser sus guardias personales. Estaban quietos, vigilantes, esperando una orden de su ama, para morder, como fieros perros de presa.

Ella lanzó una mirada al cadáver. Había palidecido de un modo

terrible.

—¿Está...?—'dijo.

—Sí, señora. No cabe la menor duda. Lance Morony ha muerto —confirmé.

—¡Ha sido usted! —acusó la mujer—. ¡Usted lo ha asesinado!

—¡Señora! —traté de protestar.

—No puedo tener la menor compasión con el asesino de Morony —dijo ella en tono descompuesto—. ¡Mátenlo, muchachos! ¡Ese hombre debe morir en el acto!

Los esbirros vacilaron un instante. A mí se me pusieron los pelos de punta, pero tuve la serenidad de reaccionar y me abalancé sobre la mujer.

En un instante la tuve sujeta. Mi brazo derecho rodeó su cuello y con el otro la sujeté por la cintura.

—¡ Maldita sea! —grité de mal humor—. Yo no he matado a Morony, pero si usted sigue empeñada en que sus gorilas me liquiden, le retorceré el cuello.

Los guardias ya habían sacado las pistolas, pero se detuvieron al ver la situación en que se encontraba la mujer.

—Dejen caer las armas al suelo o la romperé el cuello —amenacé—. ¡ Pronto, no esperaré ni un segundo, más!

Tres enormes pistolones cayeron al suelo en el acto. Yo aflojé la presión de mi brazo para que la mujer pudiera hablar.

—Señora, le juro que cuando llegué aquí, hace menos de diez minutos, Morony estaba muerto ya —declaré—. Lo crea o no, es la pura verdad, y no estoy dispuesto a que se me acuse de un crimen que no he cometido. ¿Está claro?

—Suélteme —pidió ella secamente.

—¿Me promete no ordenar nada a sus acompañantes contra mí?

La mujer vaciló un instante.

—Prometido —accedió al cabo.

La solté. Ella se frotó un poco el cuello.

—Por poco me estrangula —masculló.

—¿Qué quería que hiciese? —respondí en tono malhumorado—. Usted dio orden de que me asesinaran, sin haberme escuchado siquiera. ¿Acaso no se daba cuenta de que iba a cometer un crimen?

—Hubiera sido justicia...

—Para administrar justicia tenemos jueces y tribunales— atajé—.

Nadie debe tomársela por su mano. Además, ¿qué diablos le importaba Morony?

Los ojos de la hermosa mujer fueron hacia el inanimado cuerpo que aún yacía sobre el diván. De repente, hizo algo imprevisto.

Estalló en amargos sollozos. Cayó de rodillas y se abrazó al cadáver, estremeciéndose convulsivamente.

—¡Oh, Lance, Lance! —gimió—. ¿Por qué has tenido que morir, precisamente ahora que venía a reunirme contigo?

* * *

Llené una copa y se la ofrecí. Ella se había sentado en un sillón, vuelta de espaldas al muerto, que uno de los guardias había cubierto con una manta.

—Beba, señora —dije—. Esto la confortará.

Ella tomó la copa y me miró.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Richard Uthmer, redactor de «I.H.», un famoso semanario, aunque me esté mal el decirlo —contesté.

—¿A qué había venido a esta casa, señor Uthmer?

—Mi director me encargó hacer un reportaje sobre, el difunto capitán Morony. Cuando llegué, hace cinco minutos escasos antes que usted, ya estaba muerto.

—¿Vio al o a los asesinos?

—No, señora, no había nadie en la casa. Incluso el perro estaba muerto.

Ella bebió un par de sorbos. Los colores volvían poco a poco a su cara.

—Encontraré a sus asesinos —dijo en tono que me hizo estremecer. Volvió a mirarme—. ¿Sabe lo que haré con ellos cuando los tenga en mis manos, señor Uthmer?

—Entregarlos a la justicia, me imagino —contesté.

—Nada de eso. Los freiré vivos en aceite hirviendo.

Casi me eché a reír, y si no lo hice, fue por respeto al muerto.

—¡Señora —bufé—, éstos no son momentos para bromas!

—¿Cree que es una broma lo que he dicho? —gritó—. Lance ha muerto y yo tengo que vengarlo.

—Bueno, pero…

La mujer se puso en pie de un salto.

—No se hable más del asunto —me atajó—. Admito su inocencia, señor Uthmer. Lo que no admitiré, sin embargo, es que nadie me arrebate mi venganza.

—Se verá en dificultades con la justicia si se la toma por su mano —advertí.

Ella sonrió con burla.

—La justicia terrestre me importa un rábano

—contestó. —De donde yo vengo, no hay más justicia que la mía.

Fruncí el ceño.

—Usted no es terrestre —dije.

—Le ha costado adivinarlo —repuso ella con ironía—. En efecto, no soy terrestre.

—Bueno, en ese caso, dígame de dónde es...

Alguien nos interrumpió de pronto.

—Señora. —Era uno de los guardianes y estaba en la puerta de la sala que daba a las habitaciones interiores.

Ella se volvió hacia el hombre.

—Dime, Nardos —contestó.

—He encontrado un cofre de seguridad, empotrado en uno de los muros. Ha sido abierto y está completamente vacío.

—Eso significa que los documentos que había allí están ahora en poder de otros, Nardos.

—Indudablemente, señora.

—No importa —dijo ella—. Los encontraremos, Nardos.

—Sí, señora —contestó el guardia, impasible.

La mujer se encaró de nuevo conmigo.

—Antes ha dicho que piensa avisar a la policía —dijo.

—Sí —contesté.

—Bien, cuando hayan terminado los trámites legales, iré a hacerme cargo del cuerpo de Lance, para darle digna sepultura.

—¿Alegará usted motivos suficientes para que le entreguen el cadáver? —indiqué.

—Por supuesto.

—¿Puedo conocerlos, señora?

Ella vaciló.

—De momento, sólo le diré mi nombre, señor Uthmer— respondió —. Soy Svyria Hir-Yxuss.

—¡Svyria! —repetí, asombrado—. Es el mismo nombre de la residencia...

—Lo cual —dijo ella con orgullo—, significa que Lance no consiguió olvidarme en veinticinco años.

Empecé a sospechar la procedencia de Svyria.

—Entonces, usted... es de Vtrux...

—Justamente, señor Uthmer —corroboró ella.

Y, sin añadir una sola palabra más, se marchó, seguida de sus acólitos.

CAPITULO III

Pero yo no llamé a la policía.

Conviene tener en cuenta el título de mi revista: «I.H.». Interés Humano.

Había allí una historia que podía ofrecer un indudable interés humano, por los personajes que la componían. Y no olvidemos tampoco el asunto de la famosa Fuente de la Juventud.

¿Existía realmente?

¿Sueño? ¿Fantasía? ¿Leyenda?

Algo había en Vtrux, algún enigma intrigante por todos los motivos, un misterio que, según parecía, no debía ser desvelado.

Si era así, el enigma, el misterio, era la causa de la muerte de Morony.

Por tanto, era preciso hacerlo público.

Tenía interés humano.

Y la inopinada aparición de Svyria Hir-Yxuss le había añadido, todavía más, una sobredosis de interés a la historia.

Sería un buen reportaje, pensé, mientras marcaba un número muy diferente del de la policía.

La cara de un hombre joven, aunque algo mayor que yo, se reflejó a los pocos segundos en el videófono.

—¿Qué tal, Rick? —me saludó el doctor Lewis Bardon—. ¿Te duelen las amígdalas? ¿Has comido demasiado y necesitas que te recete bicarbonato?

Mi amigo Bardon tenía un humor envidiable. Había que oír las cosas que decía de sí mismo y de su profesión.

—No, pero te contaré lo que le pasó el otro día a un amigo mío que fue a consultar a otro médico, porque tenía una pierna más corta que la otra. Naturalmente, el médico le preguntó qué debía hacer.

—Y ¿qué le dijo el matasanos?

—¡ Cojear!

Mi amigo soltó una carcajada que hizo bailar el videófono como en los dibujos de historietas gráficas.

—Me lo apunto, me lo apunto —contestó—. Y tú, ¿sabes el chiste del médico que se tiró una hora con la oreja pegada a la espalda del paciente? El paciente, claro, se puso nervioso al ver que pasaba el tiempo y no le decía lo que tenía. Se lo preguntó y... ¿Qué crees que le contestó el médico?

—Dímelo, Lew, anda —rogué.

—Bueno, le dijo que como padecer, no padecía de nada... pero tenía la espalda tan calentita...

De nuevo nuestras carcajadas hicieron temblar los respectivos videófonos. Bardon intentó contarme un chiste verde, pero yo le atajé, no por no ponerme colorado, sino porque tema prisa.

—Lew, en cierta ocasión me hablaste de una teoría tuya —dije.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —contestó Bardon—. Y el caso es que las cosas me marchan muy bien.

—¿Te gustaría hacer prácticas con algo real? —pregunté.

—Hombre, qué cosas tienes, Rick.

—Entonces, no hables más. Toma tu helimóvil y vente para «Villa Svyria», Lew.

—¿Dónde está eso, Rick?

—En el lado norte de Pemberton Lake. Pero date prisa; dentro de media hora quiero tenerte aquí.

Mi amigo comprendió que la cosa iba en serio.

—Dentro de treinta minutos me tienes en «Villa Svyria» —aseguró.

* * *

Los dedos de mi jefe tabalearon sobre la mesa cuando le conté todo lo que había pasado en «Villa Svyria».

—Podría ser una historia interesante, en efecto

—admitió, al terminar yo de hablar. —¿Te atreves con ella, Rick?

—¿Qué le digo? —contesté con suficiencia—. ¿Déjelo de mi cuenta o lo intentaré?

—No seas bromista, Rick; parece que el asunto es más serio de lo que creíamos.

—Pero si sale bien…

—Si sale mal, que es lo más probable, a ti y a tu amigo Bardon os «enchironarán» para una larga temporada y yo no querré saber nada del asunto.

—Está mintiendo, jefe —dije con desenvoltura—. Usted me apoyará hasta el límite de sus fuerzas.

—¡ Je! —contestó él sarcásticamente—. No me adules, Rick… ¡Pero sigue adelante y no te detengas hasta el final!

Era suficiente para mí. Aquellas palabras eran todo un respaldo sólido y garantizado de mis actos.

Siempre, naturalmente, que se refiriesen al caso Morony y a la Fuente de la Juventud.

Una vez hube recibido permiso de mi jefe para proseguir la investigación, empecé por dónde debía empezar. No tardé en encontrar el camino.

La primera persona a quien debía interrogar era un tal Tom Fyfe.

Era ya muy tarde cuando regresé de «Villa Svyria», así que lo dejé para el día siguiente. Por tanto, tras el desayuno, consulté mis notas para recordar el domicilio del aludido Fyfe.

De pronto, algo chocó en mi mente.

Fyfe vivía en la calle Wohr-Ligg. Me pregunté dónde había oído yo aquel nombre poco antes.

—Claro —exclamé al recordar—. Fue Helen Glarr quien me preguntó por esa calle. Vaya casualidad.

Poco después, salía en dirección al domicilio de Fyfe. A los diez minutos escasos estaba llamando a su puerta.

Un hombre, con ojos cargados de sueño, abrió sesenta segundo más tarde. Era recio, membrudo, aunque ya daba indicios de obesidad.

—Hola —dijo con voz pastosa—. ¿Alguna factura?

—En todo caso, le ayudaría a pagarlas, Tom —sonreí—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro, mientras no venga a cobrar…

—Vengo a hablar con usted, Tom. Soy Richard Uthmer.

—Nunca he oído ese nombre.

Fyfe contaba ya más de cincuenta años. Y una cosa era segura: le gustaba beber. Ni siquiera se preocupaba de estar vestido solamente con la ropa interior, bastante pringosa por cierto.

El interior de su piso era casi mísero. Deduje que Fyfe atravesaba

por una situación económica nada boyante.

—¿Está sin trabajo, Tom? —pregunté.

Fyfe estaba dándole ya a la botella.

—Sí —contestó, después de un largo trago.

—¿Por qué?

—¡Oh, contrabando! Me pescaron con las manos en la masa.

—Entiendo. Quería beneficios fáciles, ¿eh?

—Todo el mundo lo hace, pero yo soy el más desgraciado. En resumen, ¿qué quiere de mí?

—Hablar del viaje de vuelta de la «Cindy B.», Tom.

Fyfe se volvió hacia mí.

—Han pasado ya veinticinco años, señor —manifestó.

—Usted era tripulante con el capitán Morony

—dije.

—Un perfecto bastardo, Rick.

—¿De veras, Tom?

Fyfe agarró de nuevo la botella. Yo se la quité de un manotón.

—¿Por qué odia a su ex capitán? —pregunté.

—Encontró el secreto de la Fuente de la Juventud y no quiso compartirlo con nadie. Míreme a mí; tengo la misma edad que él y parezco veinte años más viejo.

¿Y quién le decía a Tom que su vejez aparente era debida a su vida disipada y al alcohol?

—¿Cómo sabe usted que encontró la Fuente de la Juventud? —pregunté.

—Dormía. Tenía entreabierta la puerta de su cámara. Yo se lo escuché al pasar casualmente por allí.

—¿Recuerda lo que decía, Tom?

—Sí, pero…

—Pero, ¿qué? Hable, hombre. ¿Es que tiene miedo?

Fyfe sonrió.

Luego frotó el pulgar contra el índice. Era un gesto inequívoco.

—¿Cuánto? —inquirí.

—Mil —pidió desvergonzadamente.

—¡Ladrón!

—Igualito me dijo Helen, pero acabó pagando —respondió Fyfe sin hacer caso del insulto.

— ¿Helen Glarr?

— La misma, Rick.

* * *

Bueno, ahora ya sabía por qué Helen buscaba la calle Wohr-Ligg. Pero, ¿qué tenía ella que ver con aquel alcohólico?

Se lo pregunté.

—No me lo dijo —contestó.

—Pero le pagó —insinué.

—Claro —sonrió Fyfe.

—Bueno, yo también...

—Antes de seguir adelante, enséñeme los billetes, Rick.

Suspiré. ¿Me admitirían aquel desembolso en la cuenta de gastos?

—Ahí van —dije, tras haber contado diez billetes.

Fyfe estrujó uno cuidadosamente. El billete, después, se «autoplanchó», debido al tratamiento especial del papel, que impedía así la falsificación. Los billetes falsos quedaban arrugados.

—Es bueno —sentenció.

—Lo celebro, Tom. ¿Qué decía su capitán?

—Parecía hablar con una mujer. «Me llevo una muestra... tengo que regresar a la Tierra... pero volveré... La Fuente de la Juventud es el descubrimiento más maravilloso...» Eso es lo que dijo, poco más o menos.

—Bien, ¿qué pasó después, Tom?

—Yo lo comenté con otros. Nos reímos mucho al principio. Luego...

—¿Luego...?

—Alguien se lo tomó en serio. Entró en su camarote para robar la botella con agua de la Fuente de la Juventud.

—¿Y la encontró?

—Morony le pegó un tiro y lo mató.

—¿Cómo se llamaba el muerto?

—Bob Glarr.

CAPITULO IV

Miré a Fyfe con ojos incrédulos.

—¿Glarr? —repetí.

—Sí —confirmó él.

—¿Padre de Helen?

Fyfe volvió a beber. Luego se encogió de hombros.

—Ella no me lo dijo —contestó al cabo.

—Bien, sigamos. ¿Qué pasó después de la muerte de Glarr?

—El segundo de a bordo se hizo cargo de la investigación. Morony fue depuesto momentáneamente de su cargo y encerrado en otro camarote mientras se realizaban las pesquisas reglamentarias.

—¿Qué resultado dio la investigación?

—Teóricamente, inocencia para el capitán, quien luego recobró su puesto.

—¿Es eso legal en una astronave, Tom?

—Completamente legal. La actuación del segundo fue aprobada por las autoridades al regreso a la Tierra.

—Muy bien. El segundo, por tanto, fue durante un tiempo, comandante efectivo de la nave.

—Sí.

—Y tuvo acceso a todos los rincones de la cámara del capitán.

—Así fue, Rick.

—¿Encontró la botella con el agua maravillosa?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—¿Es que no lo dijo, Tom?

Fyfe sacudió dos cosas: la botella, que ya estaba vacía, y su cabeza, que estaba demasiado cargada.

—No, no lo dijo nunca. —Y se derrumbó sobre el diván sucio y pelado en algunos sitios—. Tengo sueño. .. —bostezó aparatosamente.

—¡Tom! ¿Cómo se llama el segundo? —grité.

—Ba... Barry... Brien...

Fyfe empezó a roncar. Le miré con lástima.

Se merecía lo que tenía. En cuatro días, acabaría con el dinero recibido de Helen y de mí.

Cerré la puerta. En la calle, respiré a pleno pulmón.

Ahora era preciso encontrar a Barry Brien, el hombre que, quizá, sabía qué había sido de aquella muestra del agua de la Fuente de la Juventud.

¿Qué pasaba con aquel líquido maravilloso?

¿Había que beberlo una sola vez para vivir eternamente o era preciso tomar una dosis periódicamente, una vez al año, por ejemplo?

Bien, acaso podría aclararme el enigma.

Y también me daría datos de la muerte de Bob Glarr.

* * *

Luego llamé al doctor Bardon.

—Estoy muy ocupado —dijo mi amigo—. No me distraigas sin necesidad, Rick.

—Sólo quería saber...

—Es prematuro aún —me atajó Bardon—. Tardaré días, acaso semanas. Sin embargo, te anticiparé una cosa.

—Dime, Lew.

—Hay probabilidades de éxito.

—Estupendo, muchacho.

—Adiós, Rick.

Bardon cortó sin soltar uno de sus chistes. Esto me indicó, mejor que nada, que se había tomado su labor en serio.

Le había llamado desde una cafetería, antes de pedir un bocadillo para restaurar mis fuerzas. Era relativamente temprano y la clientela era más bien escasa.

Desde la cabina, me acerqué al mostrador. Había dado apenas el primer mordisco al bocadillo, cuando se me acercó un tipo.

—¿Uthmer? —preguntó.

Le miré de arriba abajo. Era muy alto y delgado, casi esquelético, de

ojos hundidos y fosforoscentes y nariz ganchuda.

Se me hizo antipático desde el primer momento, pero lo disimulé.

—Sí —admití.

—Usted es periodista —dijo el sujeto.

—Bueno, es un oficio que me gusta.

—Muy entrometido.

Me puse en guardia. El tipo venía con malas intenciones.

—¿Le he citado en alguno de mis reportajes, señor. .. ? —pregunté.

—No, pero puede citarme si no abandona lo que tiene entre manos —respondió el hombre esquelético—. Y no quiero que eso suceda.

—¿De veras? Usted me conoce, pero aún no sé su nombre —dije.

—Soy Hnannon Hir-Weffix, pero eso no le dirá gran cosa. En cambio, yo voy a darle un consejo.

—No se lo he pedido, Hnannon.

—Es igual. Se lo daré de todos modos. Olvídese de Morony. Está muy bien donde está, es decir, enterrado.

Miré fijamente a Hir-Weffix.

—¿Quién le ha dicho que está enterrado? —pregunté.

—Lo sé, y basta. Adiós, no eche mi consejo en saco roto.

Dejé el bocadillo sobre el plato y alargué la mano, tirando del brazo de Hir-Weffix.

Resultó que tenía más fuerza de la que aparentaba. Se soltó de mí sin la menor dificultad.

—Recuerde bien —dijo, con ojos que parecían despedir fuego—. Morony está enterrado. Déjele que descanse en paz.

Aquel tipo me hizo sentir frío. Parecía un fantasma extrañamente corporeizado, capaz de matar sólo con la mirada.

Hir-Weffix se marchó. Además de hacerme sentir miedo, consiguió que me olvidase del bocadillo.

* * *

Pero yo me sentía cada vez más intrigado por el misterio de lo sucedido en Vtrux.

Tenía que aclararlo, costara lo que costase.

A cualquier precio.

Había muchos factores que me empujaban a seguir adelante. Uno de ellos era la muerte de Morony.

Otro era la bellísima mujer que tanto le había llorado y que quería vengarle, friendo en aceite hirviente a sus asesinos.

Había que añadir también a Helen Glarr… y a Hnannon Hir-Weffix. Y no dejemos atrás a mi jefe, capaz de correrme a latigazos si fracasaba.

El siguiente paso que debía dar era entrevistarme con Barry Brien.

En el archivo de la revista encontré algunos datos personales suyos, extraídos de las informaciones de la época. En los días del aterrizaje de la «Cindy B» en Vtrux, Brien contaba ya cuarenta años.

Resultaba extraño un segundo con diez años más que el capitán de la nave. No solía ser corriente una diferencia de edad tan grande, a menos que en el historial de Brien hubiera alguna postergación escalafonaria.

Tal vez una maniobra mal ejecutada, un informe deficiente… Ello, muy probablemente, podía ser origen de cierto resentimiento hacia su comandante.

A Brien debía de resultarle poco grato obedecer las órdenes de un comandante diez años más joven, cuando, teóricamente, debía de haber sido a la inversa. Pero esto había una manera de averiguarlo, dado que, además, el domicilio de Brien no aparecía en los datos de archivo.

Una atractiva chica me atendió en «Información», de la Liga de Astronautas. Era pelirroja y estaba llenándose continuamente los pulmones de aire. No padecía asma, lo que deseaba era llamar la atención sobre determinadas curvas de su anatomía, muy digna de estudio.

Y como uno, en medio de todo, tiene cierto atractivo…

—Sólo quiero saber dos cosas —dije, después de dedicarle un par de piropos, que la pusieron tan hueca como si acabase de ganar un título mundial de belleza.

—Sí, señor, lo que usted quiera —accedió la pelirroja, haciendo dengues y mohines y sin dejar de excitar mi interés hacia los puntos más protuberantes de su torso.

—Se llama Barry Brien. Hace veinticinco años era segundo de la «Cindy B», comandante Lance Morony.

—Lo consultaré en el archivo, señor Uthmer.

—Llámeme Rick, Mollie —dije.

—Mi nombre es Phyllis, Rick —puntualizó ella, con un aleteo de sus pestañas, espesamente cargadas de cosmético.

Phyllis se alejó y volvió a poco con una carpeta.

—El comandante Brien está ahora retirado —dijo, tras hojear algunos papeles de la carpeta—. Pidió el retiro voluntariamente.

—Debe de tener sesenta y cinco años —calculé—. Ese retiro no es tan voluntario…

—Lo pidió hace diez y ya no formaba parte del personal de vuelo —contestó Phyllis.

—¡Ah! ¿Dónde vive?

—Bruron Gardens, 89, Rick.

—Gracias, guapa; es todo lo que quería saber —dije, con la sonrisa en los labios—. Un día de estos vendré a buscarte para ir a cenar juntos.

—Si puede ser esta noche, mejor que mañana —propuso Phyllis descaradamente.

—Lo consultaré con mi agenda de compromisos. Adiós.

Salí a la calle. Mentalmente, repetí la dirección del ya retirado comandante Barry Brien. Lo habían pasado del servicio de vuelo al de tierra. Era probable que, amargado, hubiese pedido el retiro anticipadamente.

Bruron Gardens era una zona de pequeñas villas, rodeada cada una de ellas de un pequeño jardincito. La mayoría estaban muy bien cuidados.

Había uno, sin embargo, que no lo estaba tanto. Más bien parecía que no se hubiesen cuidado del jardín nunca.

El jardín descuidado correspondía al número 89.

Cuando abrí la pequeña puerta de la valla que lo circundaba, vi al fondo, llamando a la casa, a una mujer.

Era alta, esbelta y no gastaba demasiada ropa en su indumentaria. Casi tenía más pelo que ropa.

El cabello era de color leonado, un tono inconfundible para quien lo hubiera visto una sola vez.

Avancé sin hacer ruido. La chica continuaba llamando, infructuosamente al parecer.

—¿No contestan en la casa? —pregunté de súbito.

Helen lanzó un gritito de susto, a la vez que se volvía rápidamente.

—¿Cómo sabe que no contestan? —preguntó.

—Seguro que ya estaría usted hablando con el dueño de la casa —repuse—. ¿A qué ha venido, Helen?

—¿Cómo? ¿Me conoce usted? —se sorprendió ella.

—¿No lo recuerda? Me preguntó por la calle Wohr-Ligg y yo se lo indiqué.

—Ah, sí, ahora caigo. Usted es Richard Uthmer.

—Rick para los amigos, Helen —sonreí—. Bueno, ¿qué pasa que nadie contesta?

Helen se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó.

Miré hacia una de las ventanas próximas a la puerta. Vi algo que no parecía natural y, en el acto, una horrible sospecha se infiltró en mi mente.

—Helen —dije—, tengo la sensación de que ninguno de los dos vamos a conseguir lo que buscábamos, esto es, hablar con el dueño de la casa.

CAPÍTULO V

La chica palideció.

—¿Por qué lo dice, Rick?

Me acerqué a la ventana y pegué la nariz al cristal. Helen me imitó y, en el acto, lanzó un chillido.

—¡Cállese! —dije en tono malhumorado—. Quizá ha sufrido sólo un desvanecimiento.

Pero en mi interior estaba seguro de que la inmovilidad de Brien, quien yacía tendido en medio de la sala, no se debía a un simple desmayo.

Tanteé la ventana. El bastidor no estaba asegurado, lo que me permitió levantarlo sin dificultades.

—¿Va a entrar, Rick? —preguntó Helen con temor.

—Ya estoy entrando —contesté, mientras pasaba una pierna sobre el antepecho.

Ella me siguió, tras un leve titubeo. Yo me arrodillé junto al cadáver.

En el lado izquierdo del cuello, bajo la oreja, divisé un puntito rojizo, como de tres milímetros de diámetro. Era una herida análoga a la que había visto en los cuerpos de Morony y su perro danés.

Me estremecí. ¿Qué clase de arma tan poderosa usaba al asesino?

—Un proyectil disolvente —murmuró Helen a mi lado.

Yo me volví hacia ella, vivamente sorprendido.

—¿Cómo lo sabe? —exclamé.

—Conozco esas armas —respondió ella—. El proyectil posee la suficiente solidez para atravesar las ropas corrientes y penetrar al menos un centímetro en el cuerpo humano. Luego se disuelve con enorme rapidez, en cuestión de segundos, y su contenido tóxico se expande por el torrente sanguíneo, también con muchísima rapidez.

—Total, que el que recibe uno de esos proyectiles muere en un minuto.

—A veces, en medio, Rick.

Yo me estremecí.

—¿Quién usa esa pistola, Helen? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo contestarle, Rick —dijo.

Me acordé en aquel momento de Hir-Weffix, no sé por qué asociación de ideas. ¿Tenía que ver algo el tipo esquelético con las muertes de Morony y su antiguo segundo de a bordo?

De pronto, reparé en un detalle. Un diminuto pico blanco asomaba por uno de los bolsillos de la camisa del muerto.

Era la esquina de un papel y lo saqué. Apenas si tenía la dimensiones de una octavilla y en él había escritas unas cifras y letras:

WW-14-062-F.5

—¿Qué significa esto? —preguntó Helen, desconcertada.

Guardé el papelito cuidadosamente.

—No lo sé, pero ya lo averiguaremos —dije—. Ahora voy a llamar a la policía.

Entonces Helen hizo algo que me dejó perplejo, incapaz de reaccionar. Antes de que pudiera detenerla, corrió hacia la ventana, se tiró de cabeza a través de ella, dio un par de volteretas, dignas del mejor gimnasta, y desapareció de mi vista en contados segundos.

* * *

Mi jefe encendió su pipa, mientras yo le relataba con detalle todo cuanto había conseguido averiguar hasta el momento.

—Es un asunto muy interesante —calificó, cuando terminé mi relato —. Adelante, sigue hasta el fin, Rick.

—Sabía que le intrigaría —manifesté—. Pero le advierto que la cosa se complica más de lo que creemos.

—Ya me lo imagino. ¿Por qué no intentas hablar con Svyria?

—¿Y dónde diablos la encuentro? La ciudad es muy grande y si ha dado nombre supuesto en el hotel…, suponiendo que no haya tomado una casa particular en alquiler…

—Una mujer tan hermosa, con tres guardaespaldas, no pasa inadvertida tan fácilmente —alegó mi jefe.

—De todas formas, antes quiero hablar con otra persona —manifesté.

—¿Cuál es, Rick?

—Tom Fyfe —respondí—. La otra vez que lo vi estaba completamente borracho. Quiero hablarle cuando esté sereno, y si no lo está, yo le despejaré la borrachera.

—¿Crees que Fyfe puede darte detalles interesantes?

—Es casi seguro. Fue el que divulgó el secreto de la Fuente de la Juventud y, además, conocía a Glarr, el hombre a quien mató Morony, cuando lo encontró merodeando en su camarote.

—Sí, es cierto; puede resultar una entrevista fructífera.

—Sobre todo, si «engraso» el altavoz —dije con intención—. Ya me costó mil «pavos» la última vez, jefe.

Burt Wyle sonrió. Garrapateó algo en un papel y me lo entregó.

—Pásate por caja al salir —indicó.

—Gracias, generoso —dije, después de leer la cifra.

Y ya me levantaba cuando, de pronto, sonó el zumbador del videófono.

Mi jefe dio el contacto. La cara de un hombre de uniforme apareció en la pantalla.

—Hola, Matt —dijo Wyle—. ¿Noticias?

—Sí, una muy interesante. El veneno que mató a Brien es desconocido en la Tierra; al menos, eso es lo que ha dicho el forense.

—Gracias, Matt.

—Ha sido un placer, señor Wyle —contestó el policía.

Mi jefe cortó la comunicación.

—¿Has oído, Rick? —dijo.

—Tengo frío —contesté—. Pero ese informe de la autopsia significa que hay gentes extraterrestres que intervienen en este asunto.

—Es natural —admitió mi jefe—. Gentes de Vtrux. Recuerda que todo empezó allí, Rick.

Hice un gesto de asentimiento.

—Lo tengo presente a cada instante —respondí—. Bueno, voy a ver si encuentro a Fyfe.

—Cuidado con los proyectiles disolventes tóxicos, Rick.

—¡Qué manera de darle ánimos a uno! —mascullé, mientras cruzaba

la puerta del despacho.

La casa de Fyfe me caía lejos de la redacción de «I.H.», así que programé el trayecto en la computadora de mi helimóvil y luego dejé que el aparato se gobernase por sí mismo hasta las inmediaciones de mi objetivo. Mientras me desplazaba, saqué de nuevo el papel hallado en las ropas de Brien.

WW-14-062-F.5. ¿Cuál era el significado de la clave que componían aquellas letras y cifras?

Tendría que buscar a algún experto que me diese la solución. ¿Podía saberlo Fyfe?

El tipo no estaba en casa. Supuse que debía de andar por alguna de las tabernas del barrio y empecé a buscarlo, bien armado de paciencia.

Recorrí ocho tabernas, sin encontrar rastros de Fyfe. En una de ellas, sin embargo, hallé a una persona, que me hizo pensar mucho.

Era Nardos, uno de los guardaespaldas de la hermosa Svyria.

* * *

Nardos no me había visto a mí, de modo que me senté en un lugar discreto. Pedí una jarra de cerveza y dejé pasar el tiempo, observando continua y disimuladamente al vtruxiano, pues ahora ya no me cabía la menor duda de que tanto Svyria como sus esbirros procedían de Vtrux.

Pasados unos treinta minutos, entró en la taberna un tipo quien, después de un par de ojeadas, descubrió a Nardos y se acercó a él. Me extrañó que Nardos hablase con el sujeto, a quien yo conocía desde hacía tiempo y no precisamente por sus honestas actividades.

Nardos escuchó atentamente cosa de medio minuto y luego se puso en pie. Bill Peters pareció pedirle algo, pero Nardos le contestó de mal talante y se marchó.

Rabioso, Peters fue al mostrador y pidió una copa, sin duda para consolarse. Yo me acerqué a él.

—Hola, Bill —dije—. Parece que el negocio no ha resultado todo lo satisfactorio que esperabas, ¿eh?

Peters me miró de soslayo, con un solo ojo.

—¿Cómo lo sabe, Rick? —preguntó.

—Te he visto hablar con ese tipo, que no es de la Tierra, precisamente —respondí.

—Tiene usted razón —masculló el «soplón»—. Le pedí quinientos

más por el informe y me ha enviado al diablo.

—Un tipo roñoso —califiqué.

—Avariento —agregó Peters.

—¿Era muy importante el informe, Bill?

—Creo que sí, Rick.

Hice una seña al camarero y la copa de Bill se llenó de nuevo.

—Si ese informe vale la pena, tal vez yo podría darte los quinientos que Nardos te ha negado —sugerí.

Antes de contestar, Peters se arreó un buen trago.

—¿Por qué lo dice, Rick? —preguntó después.

—Soy periodista, Bill.

—Ah, sí, ya lo había olvidado. De modo que ¿me dará los quinientos?

—Si el informe vale la pena, tenlo en cuenta.

Peters liquidó la segunda copa y pidió otra, pero yo puse la mano encima del recipiente.

—Habla primero —dije.

—¿Me dará los quinientos?

—Prometido, Bill.

—Está bien. Ese tipo me dijo que le averiguase dónde vive una tal Helen Glarr.

—¿Lo has conseguido?

—Sí.

Conté los billetes, pero no se los entregué de inmediato.

—¿Dónde vive Helen? —pregunté.

—Skarron Avenue, 122.

—¿Es una casa de departamentos?

—Sí. Novena planta, letra H.

El dinero cambió de mano.

—Otra cosa, Bill.

—Diga, Rick.

—¿Te dijo Nardos por qué quería encontrar a la chica?

—No, nada de eso.

—Está bien, Bill, gracias por todo. Ah, una cosa más, y espero que me la hagas gratuitamente.

—Desde luego, Rick.

—¿Has visto a Tom Fyfe? Ando buscándolo y...

—Rick, vaya a la «Morgue»; allí lo encontrará.

Me quedé mirando al sujeto fijamente. Peters asintió un par de veces, con inequívocos movimientos de cabeza.

—Se lo cargó esta tarde un helimóvil, cuyo piloto, al parecer, había perdido el control —explicó sucintamente.

Y, en realidad, ¿para qué necesitaba yo más explicaciones?

El caso de la Fuente de la Juventud se complicaba más y más a cada momento que transcurría.

CAPÍTULO VI

Puesto que conocía la dirección de Helen, no me fue difícil encontrar su cifra videofónica. Llamé a su casa, pero ella no me contestó.

Hice la llamada desde una cabina pública. Tras algunos momentos de reflexión, decidí volver a mi casa. Allí podría hacer lo que en la cabina me estaba prohibido.

La casa de Helen caía en el otro extremo de la ciudad. Por mucho que corriese, ya no llegaría antes que Nardos.

Llegué a mi apartamiento y repetí la llamada. Una vez que me hube convencido de que Helen no estaba en casa, empecé a trabajar.

Cierta vez, un amigo mío, empleado en la empresa de comunicaciones urbanas, me enseñó un truco, muy sucio si se quiere, aunque no por ello menos útil. Hasta ahora no lo había empleado, por escrúpulos de ética, pero la presente ocasión me pareció completamente adecuada.

Hice unos cuantos empalmes, según la fórmula de mi amigo; conecté mi videófono a un receptor de radio corriente, y luego añadí otro par de empalmes. Después volví a marcar el número de Helen.

El videófono de la chica entró en funcionamiento, no la pantalla, sino solamente el objetivo captor de imágenes y el micrófono de sonido; es decir yo había abierto el aparato desde mi casa.

De este modo, podía saber lo que sucedía en el apartamiento de Helen, sin necesidad de desplazarme hasta allí. Casi en el mismo momento, escuché una voz inconfundible.

—¿Dónde está la chica?

—Lo siento, señora; no se encuentra en casa —respondió Nardos.

—Pero ella vive aquí —alegó Svyria.

—Según me informaron, así es, señora.

Svyria apareció de pronto en mi campo visual. Se mordía los labios, desconcertada, al parecer.

—Éstas no son horas para que una chica ande sola fuera de casa —dijo en tono irritado.

—Estamos en la Tierra, señora —le recordó Nardos respetuosamente.

—Sí, aquí tienen unas costumbres demasiado liberales— se quejó Svyria—. ¿No te dijo tu informador dónde podíamos encontrarla, si no estaba en casa?

—Usted me dio orden de averiguar su domicilio, señora.

—Pero también podías tener un poco más de iniciativa, Nardos...

El hombre levantó la mano de repente.

—Creo que ahí viene, señora —dijo.

Svyria y Nardos se volvieron hacia la puerta. Yo me alarmé.

¿Qué pretendían hacerle a Helen?

Pero todos estábamos equivocados: la persona recién llegada no era Helen.

Se trataba de un hombre, el cual no se quedó menos desconcertado que los otros dos al verse frente a ellos.

El tipo me resultó desconocido. Svyria, sin embargo, reaccionó con inusitada rapidez.

—¡Dale, Nardos! —gritó.

* * *

El recién llegado metió la mano bajo su blusa, pero si pensaba sacar un arma, el puño de Nardos fue mucho más rápido y lo tumbó patas arriba de un golpe bien aplicado.

Nardos se indinó sobre él y le quitó la pistola, que enseñó a Svyria.

—Dispara proyectiles disolventes, señora —indicó.

—Apúntale —ordenó ella secamente.

El arma encaró la garganta del caído, quien no había perdido del todo el conocimiento.

—Tu nombre —exigió Svyria.

—Tlocd Hir-Malli —dijo el sujeto de mala gana, mientras se frotaba la mandíbula.

—He oído ese nombre, señora —dijo Nardos—. Pertenece a la banda de Hnannon.

—Conque Hnannon, ¿eh? —murmuró Svyria—. Bien, Tlocd, ahora vas a decimos lo que buscabas aquí o te mataremos.

El sujeto se puso pálido.

—Usted no puede...

—Nardos apretará el gatillo dentro de diez segundos, si no contesta de modo satisfactorio —dijo Svyria fríamente.

Tlocd miró el arma y se rindió.

—Está bien —dijo—. Hnannon me ordenó que le llevase a Helen Glarr a su presencia.

—¿Para qué?

—No lo sé. Hnannon no acostumbra a dar explicaciones.

—Eso es mentí...

—Probablemente, Tlocd dice la verdad, señora —terció Nardos—. Lo que interesa ahora es saber dónde está Hnannon.

—Muy bien —dijo Svyria—. Ya has oído, Tlocd. Ahora, contesta.

El sujeto, aún sentado en el suelo, se lamió los labios.

—Está arriba —contestó.

—¿En su astronave?

—Sí.

—Muy bien —dijo Svyria—. Es suficiente. Ahora, lárgate; nosotros aguardaremos a Helen. Dile a Hnannon que se olvide de la chica. ¿Estamos?

Tlocd se puso en pie.

—Está muy interesado en Helen —manifestó.

—Más lo estoy yo y no toleraré que nadie interfiera en mis asuntos, y menos ese bastardo de Hnannon.

Evidentemente, Svyria no tenía pelos en la lengua.

Tlocd comprendió que ya no conseguiría nada y se encogió de hombros.

—Hnannon es mal enemigo —dijo, al tiempo de salir.

—Hnannon no me conoce aún a mí —respondió Svyria.

La puerta se cerró. Svyria y Nardos se quedaron solos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el guardaespaldas.

—Es muy sencillo, Nardos; debemos aguardar a Helen. Tarde o temprano, volverá a su casa —decidió ella.

Yo me sentía cada vez más alarmado. La suerte de Helen me inspiraba serios temores.

Svyria, mujer al fin y al cabo, empezó a husmear por la casa. De

repente, vi que Nardos señalaba el videófono con la mano, a la vez que lanzaba un grito penetrante:

—¡Señora!

Svyria acudió a la carrera.

—¿Qué sucede, Nardos?

—El videófono, señora. Nos han estado observando todo el tiempo.

—Pero ¿cómo...?

—No lo sé, señora; el caso es que hay alguien que está viendo y escuchando todo lo que pasa en esta casa.

Svyria no tardó mucho en tomar una determinación.

—¡Corta el cable, Nardos! —ordenó.

Nardos no fue remiso en cumplir el mandato. Las imágenes desaparecieron en el acto de mi vista y, al mismo tiempo, dejé de percibir los sonidos.

Me puse en pie. Ahora, me gustase o no, tenía que ir a casa de Helen.

Corrí hacia la puerta. Cuando llegaba a ella, vi que el pomo giraba lenta y silenciosamente.

Alguien pretendía entrar de modo subrepticio. Alarmado, di un salto lateral y me situé detrás de la puerta.

Alguien asomó la cabeza. En la mano llevaba una pistola, cuya clase reconocí en el acto.

El arma disparaba proyectiles disolventes tóxicos.

* * *

Venía a por mí, no cabía duda. Pero yo estaba prevenido; agarré un jarrón situado en una consola contigua y se lo rompí en la muñeca.

El tipo gritó, mientras el jarrón se deshacía en mil pedazos. La pistola cayó al suelo.

Mi atacante quiso recogerla. Un venenoso rodillazo en su pómulo izquierdo lo hizo rodar por el suelo.

Pateé la pistola, lanzándola al otro lado de la sala. Cuando el sujeto empezaba a incorporarse, le golpeé de nuevo.

Quedó sin aliento, buscando aire para sus pulmones vacíos, incapaz de recuperarse en breve plazo. Yo recogí la pistola y le apunté con ella.

—¿De Vtrux? —pregunté.

El tipo hizo un signo de asentimiento. Yo continué:

—¿Nombre?

—Fakl Hir-Oayo —dijo con dificultad.

Una cosa me llamó la atención de repente.

—Todos los de Vtrux usan la partícula «Hir» en el apellido —observé —. ¿Puedes decirme qué significa?

—Precede siempre al apellido que es el de la madre y ello indica la ascendencia —contestó Fakl.

—'Entonces, «hir» significa «hijo de...»

—Así es —confirmó Fakl.

—Bien, puedes sentarte en el suelo, pero no te muevas o te convertiré en cadáver.

Fakl obedeció. Había perdido toda su arrogancia inicial.

—Venías a asesinarme —dije.

El vtruxiano apretó los labios.

—Es lo mismo —continué—. Tu silencio equivale a una confesión. Pero, en cambio, sí puedes decirme quién te dio la orden de liquidarme.

Fakl continuó callado.

—Seguramente, el mismo que hizo matar a Barry Brien y a Tom Fyfe —supuse.

Capté un estremecimiento en Fakl. Era indudable que mis palabras habían resultado certeras.

—¿Qué sabían esos dos que no podía ser divulgado? —pregunté—. ¿Acaso tiene relación con la Fuente de la Juventud?

—No se canse —gruñó Fakl con cierta displicencia—. No diré nada.

—Ni siquiera que obedeces órdenes de Hnannon Hir-Weffix, ¿verdad?

Fakl acusó el golpe. Yo me eché a reír.

—Tengo ganas ya de que este monólogo se convierta en diálogo —manifesté—. ¿Por qué no me dices dónde está Hnannon? Yo iría a hablar con él y las cosas resultarían así más sencillas.

—Adonde está él, usted no podría llegar jamás

—respondió Fakl despreciativamente.

—Sí, seguro..., porque está arriba, a bordo de su astronave. Pero ¿cuál es la posición orbital exacta de esa nave?

Fakl se quedó muy sorprendido.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—No te preocupes —repuse—. Dime solamente dónde está la nave y te dejaré ir libre. De otro modo, cuenta que tu visita a esta casa es lo

último que has hecho en tu vida.

El vtruxiano me miró a mí y luego miró la boca del arma. Se dio cuenta de que no tenía escapatoria y cedió.

CAPITULO VII

Soy hombre de palabra y dejé ir libre a Fakl. Apenas me quedé solo, desconecté la trampa que había puesto en mi videófono y llamé a un amigo.

El amigo en cuestión se llamaba Yi-Tsuan y era oficial de las patrullas del espacio.

—Estoy libre de servicio —dijo.

—Bueno, pero tienes otros compañeros que sí están de servicio —alegué yo.

—Eso es cierto. ¿Qué te sucede, Rick?

—Hay una nave orbitando en torno a la Tierra. Los datos son: cuarenta y dos mil ochocientos metros, setenta y cuatro grados polares y dieciséis ecuatoriales. Sospecho que esa nave está orbitando sin permiso.

—Podemos inspeccionarla, desde luego —admitió Tsuan.

—¿Qué se hace cuando una nave órbita sin permiso, Yi?

—Se obliga a su comandante a que la lleve a tierra y tanto él como la tripulación deben aguardar a ser juzgados por el Tribunal de Órbitas.

—¿Presos o en libertad provisional?

—Depende del criterio del juez de primera apelación y de las circunstancias del hecho y de los presuntos culpables. Generalmente, se concede libertad bajo fianza, pero la nave queda sellada y amarrada.

—Eso es todo lo que quería saber, Yi. ¿Recuerdas los datos?

—Desde luego, Rick.

—Bueno, échame una manita en este asunto. Te lo agradeceré.

—De acuerdo, Rick.

Cerré la comunicación, frotándome las manos de gusto. Hir-Weffix se iba a tirar de los pelos cuando un oficial de las patrullas le conminase

a abandonar su órbita.

Luego salí a la calle y tomé un helitaxi. Treinta minutos más tarde, llegaba a la puerta de la casa de Helen Glarr.

Iba dispuesto a todo, pero mis precauciones resultaron innecesarias. La casa estaba vacía.

Svyria y Nardos habían desaparecido. De Helen no había el menor rastro.

—¿En dónde diablos se habrá metido esta condenada chica? —mascullé, furioso.

Regresé a casa, decepcionado. Era ya tarde para hacer nada, de modo que tomé un par de copas y luego me metí en la cama.

Por la mañana, tras la ducha y el desayuno, usé de nuevo el videófono. Mi comunicante era un tal Juan Marcos, experto en cifras dé cierto Ministerio que no es preciso nombrar.

—Tengo un apuro, Juan —le dije.

—¿Hay algún marido furioso aporreando a la puerta de tu piso? —preguntó Marcos, que era un guasón.

—Soy un hombre honesto…

—Que no mira el estado civil de la mujer, cuando ella le guiña un ojo —rió mi amigo—. Bien, ¿de qué se trata, Rick?

—Una cifra, Juan.

—¿La clave de alguna caja fuerte?

—¡Y yo qué sé! Si lo supiera, no te llamaría a ti…

—Está bien, está bien, suéltalo de una vez, Rick —me interrumpió Marcos.

—Escucha, Juan: la cifra es WW-14-062-F.5.

—¡ Vaya, yo creí que sería algo más importante! —se asombró Marcos.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Es que ya has encontrado su significado?

—Claro que sí, hombre. Se conoce que no viajas nunca; de Jo contrario, más de una vez habrías usado los armarios para equipajes de la Estación Central del Espacio.

Casi me quedé sin habla.

—Debí haberlo supuesto —murmuré—. Gracias, Juan.

—Pero si no tienes la llave…

—Alguien debe tenerla; lo malo es que tal vez ese armario esté ya vacío. De todas formas, gracias por el informe.

—Ha sido un placer, Rick —aseguró Marcos. Minutos después, salía

disparado hacia el astropuerto. Salvo los vehículos de carga, el transporte individual estaba vedado y tuve que tomar el monorriel elevado, que me trasladó a mi destino en menos de cinco minutos.

Desembarqué y busqué la sala marcada con el rótulo de EQUIPAJES. Había varios miles de armarios.

Fingiendo indiferencia, me paseé por las hileras de bloques metálicos, cada uno de los cuales tenía cientos de armaros, hasta que encontré el señalado con la cifra que yo poseía. Estaba cerrado y la llave no aparecía puesta, cosa que sí sucedía en los armarios que se hallaban vacíos.

Me aposté en una de las esquinas. Alguien tenía que venir a buscar el contenido del armario.

Transcurrió una hora. De repente, vi a una persona conocida.

Parpadeé, incrédulo. ¿Qué hacía Helen en el astro—puerto?

La chica avanzó precisamente hacia el armario-objetivo, pero de pronto retrocedió presurosamente. Casi se escondió a mi lado.

—¿Tiene miedo de alguien? —pregunté con sorna.

Helen se volvió. Un gesto de sorpresa se dibujó en su cara.

—¡Usted! —exclamó.

—El mismo que...

Pero no pude continuar. Estaba viendo al autor del rápido retroceso de la chica.

Era Fakl Hir-Oayo. Me extrañó la presencia del vtruxiano en el astropuerto.

Fakl avanzó entre las dos hileras de armarios y llegó al que yo había tomado como objetivo. Miró a derecha e izquierda y sacó una llave del bolsillo.

—Es el asesino de Brien —susurró Helen.

—Seguro. Nadie más que él podía tener la llave.

—Pero ¿cómo dejó la nota en las ropas del muerto?

—Quizá no lo vio... o no le convenía tocar nada

—opiné.

Fakl metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Luego tiró del asa y abrió la puerta.

Un chorro de fuego salió con gran violencia y le abrasó instantáneamente. Ni gritar pudo.

Lo que cayó al suelo era sólo un cuerpo decapitado. La cabeza se había convertido por la explosión en mil sangrientos pedazos.

* * *

Se produjo el jaleo acostumbrado en tales casos. De común acuerdo, Helen y yo dimos vagas excusas acerca de nuestra presencia en aquel lugar. Pero ambos nos felicitábamos de no haber sido los poseedores de la llave.

Al cabo de un rato, nos dejaron libres. Entonces conduje a Helen al bar del astropuerto.

—Tengo miles de preguntas que hacerle —dije, después de que nos hubieron servido sendas tazas de café.

—Es probable que no le conteste a media docena siquiera —declaró ella, ya recobrada.

—Bueno, lo intentaré. ¿Tiene miedo de la policía?

—No. ¿Por qué?

—Echó a correr desde la casa de Brien, apenas mencioné yo esa palabra. Si eso no es miedo…

—No quería verme envuelta en el suceso.

—Podía habérmelo dicho y yo la hubiera dejado ir libremente.

—Me salió mejor así, gracias.

—Ya lo veo. Ayer por la tarde no estaba en casa.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió Helen.

—Trucos del oficio —sonreí—. ¿Dónde estuvo?

—Trabajando.

—¿En qué?

—No le contestaré…

—¿Cuál es su parentesco con Bob Glarr?

—¿Quién le ha dicho ese nombre, Rick?

—Un tal Tom Fyfe, difunto.

Helen se mordió los labios.

—Era hermano de mi padre —contestó.

—Y murió a manos del capitán Morony.

—Eso es lo que se dice por ahí.

—¿No está usted segura?

—Yo no había nacido aún cuando murió mi tío.

—Pero habrá leído algo al respecto.

—Le hablo por lo que he leído —admitió ella.

—Es lógico. Usted no había nacido entonces y yo sólo tenía cuatro años. ¿Acaso le interesa ahora aclarar una muerte que ya fue esclarecida en su tiempo?

—En cierto modo...

—¿Por qué no es más comunicativa, Helen?

—Espero que sepa darse cuenta de que no quiero serlo —replicó ella agudamente—. ¿Cómo he de hacérselo entender, Rick?

—Muy bien, ya veo que no quiere colaborar. Otra vez, cuando vea gente extraña en su casa, me callaré.

—¿Qué es lo que está diciendo? —se extrañó Helen.

—Como usted no es comunicativa conmigo, yo tampoco quiero serlo con usted.

Helen se encogió de hombros. Agarró su bolso y se puso en pie.

—Adiós —dijo escuetamente.

—Espere, Helen.

Ella me miró impaciente.

—¿Qué quiere ahora, Rick?

—¿Conoce a una tal Svyria Hir-Yxuss?

—No he oído ese nombre jamás.

Si hubiera estado en mi casa, pongo por ejemplo, habría pegado un portazo. Pero como estaba en un local muy amplio, se limitó a alejarse, alta, esbelta y cimbreante. Y no fue la mía la única mirada que la siguió hasta la salida.

Era una chica digna de mirarse hasta cansársele los ojos a uno.

* * *

El juez de primera apelación golpeó la mesa con su mazo y dijo:

—Existen indicios razonables para suponer que el comandante Hnannon Hir-Weffix ha ocupado con su nave una órbita en torno a nuestro planeta, sin cumplir para ello con las prescripciones legales establecidas. Por tanto, declaro la citada nave sellada y amarrada, hasta que por un tribunal superior se decida lo que proceda en este caso.

»El capitán Hir-Weffix y sus tripulantes quedarán libres si prestan una fianza de cincuenta mil solares, la cual perderán caso de que quebranten los términos de la libertad provisional que se les concede y que les comunicará mi secretario. Mientras tanto, deberán fijar un domicilio en la Tierra, a fin de que se les pueda citar en su día para el

juicio correspondiente.

Hir-Weffix estaba lívido de rabia. Un hombre se levantó y dijo:

—Señoría, como defensor del capitán Hir-Weffix me permito significarle que él, dada su cualidad de extranjero, ignoraba nuestras leyes referentes a posiciones orbitales...

—Señor letrado —le interrumpió el juez—; los informes que yo poseo dicen que su cliente, al llegar a la Tierra, no pasó por los controles regulares de Aduana y Sanidad, como mínimo. Su cliente posee la suficiente cultura para saber lo que se debe hacer al llegar a un planeta habitado y civilizado, y si no lo sabe, preguntarlo. No se conocen datos de una conducta semejante de su defendido. ¿O sí?

El defensor se calló. Hir-Weffix se inclinó hacia él.

—Señoría —dijo el abogado instantes más tarde—, pagaremos la fianza.

—Lo celebro por su cliente, ya que de otro modo habría tenido que esperar el juicio en la cárcel. —El mazo golpeó la mesa de nuevo—. ¡Caso fallado!

Yo me escabullí discretamente, mientras el secretario del tribunal se acercaba a Hir-Weffix para leerle algunos párrafos de un libro de leyes. De momento, ya había conseguido lo que quería: retener al vtruxiano en la superficie del planeta.

Cuando salí del palacio de Justicia, busqué una cabina y llamé a mi amigo, el oficial de las patrullas del espacio. Yi-Tsuan me contestó en el acto.

—Supongo que me llamas para conocer detalles de la operación —manifestó.

—Supones bien —concordé—. ¿Qué me cuentas, Yi?

—Hir-Weffix había metido la pata, hablando claro. No se atrevió a resistirse y gobernó la nave hasta posarla en el área destinada a «Sellado y Amarre».

—Entiendo. ¿Qué alegó por motivos de su viaje a la Tierra?

—Comercio, Rick.

—¿Lo crees así, Yi?

Tsuan se encogió de hombros.

—Su nave está abarrotada de mercancías, es todo lo que puedo decirte —contestó.

—Gracias, Yi.

Salí de la cabina. Una cosa era indudable: Hir-Weffix era un tipo

pero que muy listo.

Las mercancías no eran sino la tapadera de su viaje. El objetivo auténtico se llamaba Lance Morony.

Y Morony, desdichadamente, estaba muerto.

Como otros de los miembros de la tripulación de su nave que habían intervenido en aquella expedición a Vtrux.

CAPITULO VIII

—Usted fue durante muchos años ama de llaves del capitán Morony —dije.

La mujer que tenía frente a mí, de cabellos grises y edad próxima a los sesenta, se frotó las manos con cierto nerviosismo.

—En los últimos años, sólo me ocupaba de arreglarle la casa un par de veces a la semana.

—Es decir que ya no pernoctaba allí.

—No, señor.

Miré fijamente a Nancy Cullman. Había sido una beldad, aún conservaba en su cara rasgos de su antigua hermosura.

—¿Por qué dejó de ser ama de llaves y pasó a ser una simple asistenta? —pregunté.

—Él lo quiso así.

—¿Él? —repetí—. ¿Se refiere al capitán Morony?

—Sí.

—¿Seguro, señora Cullman?

—¿Cree que le engaño?

—No, pero no me dice toda la verdad —aseguré con firmeza.

Hacía rato ya que estaba hablando con ella. Nancy se ponía más y más nerviosa a cada momento que transcurría.

—Le juro que...

—Hable, señora Cullman —dije fríamente—. Diga todo lo que sabe. Dígame también qué es lo que le contó Morony de la Fuente de la Juventud.

—¡ La Fuente de la Juventud! —repitió ella con voz crispada—. ¡Maldita fuente!

Me sorprendió aquella inesperada explosión de cólera.

—¿Por qué dice eso? —pregunté.

Nancy se puso en pie vivamente.

—¡Usted no lo sabe, no puede saberlo! —contestó casi a gritos—. ¡Es preciso haber vivido veinticinco años junto a un hombre y verse envejecer, mientras él conserva el aspecto del primer día, joven, fuerte, robusto...!

Creí comprender a la mujer.

—Hace veinte años, usted era muy hermosa —dije.

—Sí —admitió Nancy con rabia—. Pero él ni siquiera se fijaba en mí, ni siquiera pude conseguir yo que fuese mío... Mejor dicho, lo conseguí en una ocasión... y necesité emborracharlo para ello. Sólo de ese modo lo tuve... pero no tuve más que su cuerpo; su alma era de otra mujer...

—De una tal Svyria.

—¿Cómo lo sabe usted? —se asombró Nancy.

—Siga, eso no importa. ¿Qué más tiene que decirme, señora Cullman?

—Eso es todo —respondió ella con frialdad.

—En tal caso, ¿cómo sabe usted lo de la Fuente de la Juventud? —pregunté.

—Lo mencionó aquella noche, en el sueño de la borrachera... y mencionó también a Svyria. Por eso supe que estaba enamorada de ella y comprendí los motivos por los cuales yo no existía para él como mujer.

Me puse en pie. La entrevista había terminado.

Desde la puerta, me dirigí a ella nuevamente.

—Señora Cullman, una última pregunta —rogué.

—Sí, señor Uthmer —accedió Nancy.

—¿Mató usted al capitán Morony?

—¿Se puede matar al ser amado, aunque él no le ame a una?

Hice un gesto de asentimiento. Nancy tenía razón.

De haber querido matar a Morony lo habría hecho veinte años, antes, cuando aún era hermosa. Ahora ya no tenía objeto.

* * *

Burt Wyle encendió de nuevo su vieja cachimba. Lanzó varias nubes de humo y dijo:

—En resumen, estamos como el primer día.

—«Casi» —puntualicé.

—Pero no hemos adelantado gran cosa.

—Es un rompecabezas de muchas piezas —alegué.

—Y aún no has encontrado las que te faltan.

—Que son más que las que tengo.

Mi jefe movió la cabeza cachazudamente.

—Pero no tenemos prisa —dijo—. El reportaje merece esperar todo lo que sea necesario.

—Gracias por su comprensión, jefe.

—Sigue hasta el fin, muchacho —me animó Wyle.

Era ya algo tarde cuando regresé a mi casa. Encontré en el piso una visita inesperada.

—¿Le ha costado mucho abrir la puerta, capitán Hir-Weffix? —pregunté con sarcasmo.

—No resultó difícil; es una cerradura muy sencilla —contestó el vtruxiano—. Oiga, tienen aquí unos licores muy buenos —elogió con sinceridad.

Tenía en la mano un vaso alto, con tres dedos de buen escocés.

—¿No son tan buenos los de Vtrux? —pregunté.

—Más simples, menos elaborados… Todo depende del glasto personal de cada uno.

—Por supuesto.

Yo también me acerqué al aparador y puse en un vaso otra dosis de whisky.

—¿Y bien, capitán? ¿En qué puedo serle útil?

Hir-Weffix hizo una pausa para contemplar su vaso al trasluz. Luego dijo:

—Cien mil, Rick.

—¿Soborno?

—Descaradamente, sí.

—¿A qué teme usted?

—Con toda sinceridad, al reportaje que usted piensa publicar en «I.H.» —contestó.

Bebí un trago.

—No cabe duda, es usted sincero —dije—. Pero también un despiadado asesino.

—Lo que he hecho ha sido en interés de Vtrux

—replicó, impasible.

—¿Eran interés de Vtrux los asesinatos cometidos?

Hir-Weffix guardó silencio.

—¿No me contesta? —insistí.

—Hablemos de lo que me ha traído aquí —contestó evasivamente—. ¿Ciento cincuenta?

—Mucho interés tiene usted en mi silencio —alegué.

—En efecto, así es.

—Pero usted olvida o desconoce una cosa —dije—. Este asunto ya no depende de mí solo. Hay demasiadas personas interesadas en él y no todas son terrestres.

—Deje que yo me encargue de las demás personas. Usted, lo único que tiene que hacer es olvidarse del caso.

—Lo siento. Le digo la verdad, capitán; usted me da miedo, pero, aunque yo lo dejase, otro lo seguiría.

—Puede correr muchos riesgos —amenazó el otro.

—Son gajes del oficio —contesté, impasible.

Hir-Weffix dejó el vaso sobre el aparador.

—Es una lástima que no hayamos llegado a un acuerdo —manifestó con fingido pesar.

—Capitán, ¿puedo hacerle una observación? —solicité.

—Por supuesto, señor Uthmer.

—Para ser extranjero, ha aprendido bien las costumbres de este planeta. Me refiero a algunas costumbres, claro.

Hir-Weffix sonrió con desprecio.

—Hay costumbres más o menos idénticas en todos los planetas civilizados —contestó, mientras se dirigía hacia la salida.

Y cuando yo tenía la mano en el picaporte, llamé su atención de nuevo.

—¿Capitán?

—Diga, señor Uthmer.

—¿Es cierto que existe la Fuente de la Juventud?

Hir-Weffix permaneció inmóvil un instante. Luego, sin pronunciar palabra, abrió la puerta y salió de la casa.

Yo necesitaba un segundo trago y me lo tomé sin vacilar. La cosa iba a ponerse muy seria de ahora en adelante. Sí, muy seria.

* * *

De nuevo estaba en aquella taberna donde Bill se había entrevistado con Nardos, el guardaespaldas de Svyria. No tardé mucho en hallarme frente al «soplón».

—¿Qué quiere ahora de mí, periodista? —me preguntó Bill.

Yo había encargado una botella y dos vasos. Llené ambos y levanté el mío.

—Salud, Bill —dije.

—Esto no me gusta, Rick. Usted viene con «segundas».

—Lo admito, Bill.

—Bueno, ¿y por qué no lo suelta?

—Aquel tipo. Nardos, te contrató para que hicieras determinadas averiguaciones —dije.

—Sí.

—¿Dónde vive Nardos?

—No lo sé.

Saqué dos billetes de a cien y los enseñé discretamente.

—Averígualo, Bill —dije.

—Es poco —se quejó el rufián.

—Se me ha estropeado la máquina de hacer billetes.

Bill remoloneó algo, pero acabó aceptando el dinero.

—¿Dónde le llamo, cuando lo sepa? —preguntó.

—A mi casa. El videófono está permanentemente «en registro de mensajes», cuando yo me encuentro ausente. De todas formas, puedes darle la información también a mi jefe, pero sólo a él. ¿Entendido?

—Entendido.

Me puse en pie.

—No tardes, Bill; me corre prisa —indiqué.

—Haré lo que pueda —contestó Peters.

Abandoné la taberna. Yo me sentía desconcertado.

¿Dónde diablos se había metido la hermosa Svyria

Hir-Yxuss?

Consideraba que era una pieza clave en el asunto y me urgía entrevistarme con ella. ¿Acaso vivía en su astronave en torno a la Tierra, como lo había hecho Hnannon, hasta que le gasté aquella jugarreta?

De pronto se me ocurrió una idea.

Tenía que esperar los informes de Bill Peters. Pero había un lugar

adecuado donde hacerlo.

CAPITULO IX

Helen Glarr no me miró con demasiada simpatía cuando abrió la puerta de su piso.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó en tono desabrido.

—Expresarle mi asombro por el hecho de hallarla en su casa —dije —. ¿Le molesta mi visita?

—No me llena de alegría, pero entre. ¿Quiere tomar algo? —invitó por fórmula.

—Café, si no le molesta.

—Me molesta, aunque es igual. Siéntese.

Helen se fue hacia el interior del piso. A los pocos momentos volvió: con una bandeja en las manos.

—Sírvase a su gusto —indicó.

—Gracias.

Puse agua y café instantáneo y agregué un terrón de azúcar. Ella me miraba en silencio, dejándome hacer.

—Y bien —dije al cabo—, ¿no me cuenta nada?

—¿Qué quiere que le cuente, Rick?

—Sus motivos para intervenir en este asunto.

—Bob Glarr era hermano de mi padre, ya se lo dije.

—Pero usted no había nacido cuando Morony lo mató.

—A pesar de todo, quiero esclarecer el caso por completo.

—¡Hum! Es una respuesta que no me satisface en absoluto.

—No pienso darle otra, así que no se moleste más.

—Quizá le sepa peor si lo averiguo por otro conducto.

Helen hizo un gesto de indiferencia.

—Bueno —dijo sin inmutarse.

—¿También usted busca la Fuente de la Juventud?

—Prefiero no contestar, Rick.

—Helen, yo ya sé por qué prefiere guardar silencio— dije.

—¿De veras?

—Sí. Desconfía de mí.

—No es eso —contestó—. Si usted fuese otro cualquiera, no tendría inconveniente en confiarme, pero...

—Pero, ¿qué?

—Es un periodista. Hay cosas que no deben ser divulgadas.

—Como, por ejemplo, la existencia de la Fuente de la Juventud.

Helen calló.

—¿Teme usted alguna estampida de efectos catastróficos si se comprobase la certeza de esa maravillosa fuente? —pregunté.

—¿Una estampida, como hace doscientos años, cuando se descubría oro en alguna comarca del planeta?

—Más o menos, Helen.

—No, no es eso lo que temo, sino...

Se mordió los labios de pronto.

—La entrevista ha terminado —dijo, a la vez que se ponía en pie de repente.

Yo también me levanté.

—Volveré a verla —prometí.

—No puedo evitarlo —respondió fríamente.

Me encaminé hacia la salida.

—Encuentro en su cara algo familiar —dije de pronto.

—No nos hemos visto antes, que yo sepa —alegó ella.

—Indiscutiblemente, pero... Repito que volveremos a vernos, Helen.

—Adiós, Rick.

Abandoné la casa, decepcionado. Helen se mostraba en todo momento, más que fría, que sólo era apariencia, a la defensiva.

¿Por qué no quería hablar?

Yo tenía que averiguarlo, aunque no se me ocurría, por el momento una idea viable para conseguirlo.

* * *

—¿Molesto, doctor?

La cara de mi amigo Bardon apareció en la pantalla. Se le veía fatigado, con profundas ojeras. En la mano sostenía una taza de café.

—Iba a echarme a dormir un rato —dijo.

—Has trabajado de firme, se te nota en la cara —manifesté—. ¿Hay esperanzas, Lew?

—Las hay, Rick, pero el asunto no está concluido aún, ni mucho menos.

—Eso me basta —contesté, satisfecho—. Bueno, anda, vete a dormir, que te está haciendo mucha falta. Gracias, Lew.

—Hasta la vista, Rick.

Corté la comunicación. Me sentía muy contento.

¡Qué chasco, qué estupendo chasco iban a llevarse algunos cuando el doctor Bardon hubiese concluido sus trabajos!

El zumbador del videófono sonó de pronto. Di el contacto y la imagen de Bill Peters apareció inmediatamente en la pantalla.

—Hola, Rick.

—¿Qué hay de nuevo, Bill?

—Noticias frescas —sonrió el sujeto—. De Soto Gardens, 311.

—Estupendo, Bill. Gracias por todo.

—Suerte, Rick, pero, una cosa.

—Lo que quieras, Bill.

—No me menciones en tu reportaje. Soy muy modesto, ¿sabes?

Me eché a reír. Dada la catadura del tipo, se comprendía que detestase la publicidad.

—Descuida. Serás una de mis «fuentes de información no reveladas».

—Adiós, Rick.

Corté la comunicación. Conque Svyria vivía en De Soto Gardens…

Sonreí. Una extraña casualidad, me dije. Setecientos años antes, De Soto había buscado también la Fuente de la Juventud.

Todavía no era de noche. Aguardé a las siete de la tarde y entonces salí de casa.

Antes de que dieran las ocho, me encontraba en la zona residencial denominada De Soto Gardens. Había varias en la ciudad, cada una con un nombre distinto.

Pero también había categorías en esas zonas. La de De Soto era de las más lujosas, si no la que más.

El alquiler de la villa donde residía Svyria debía de costar, como vulgarmente se dice, un ojo de la cara. El jardín más parecía un parque

y los árboles abundaban casi tanto como en una selva virgen, aunque más cuidados y separados por los debidos espacios. Había, sobre todo, algunos añejos robles y olmos que prestaban un encanto especial al lugar.

Yo me acerqué sigilosamente a la casa. Salía luz a través de las ventanas del salón de la planta baja.

Svyria estaba en la sala, acompañada de Nardos y sus otros dos guardaespaldas. Ella tenía unos papeles en la mano, que hojeaba cuidadosamente.

Resultaba preciso admitir su belleza, que el paso de los años no había menguado en absoluto, salvo en un ligero detalle: usaba gafas para leer.

Pero en lo demás, parecía una jovencita y no sólo por la indumentaria. Claro que se veía en ella a la mujer hecha y derecha.

Nardos tomaba notas, al parecer, mientras ella dictaba a base de los documentos que revisaba. Los otros dos vtruxianos eran meros espectadores.

Pensé que ya era hora de llamar a la puerta. Entonces percibí un ligero crujido sobre mi cabeza.

* * *

Yo estaba al pie de un frondoso árbol, de ramas tan gruesas como uno de mis muslos. El ruidito me indicó que había alguien escondido en la copa.

Levanté los ojos. Una silueta apareció inmediatamente en mi campo visual. El tipo no se había percatado de mi llegada.

Estaba apostado en el árbol y no con buenas intenciones, al parecer. En las manos tenía un extraño artefacto, cuya forma no pude distinguir en la oscuridad.

La rama del árbol era un ventajoso observatorio, a cuatro metros del suelo. Pero el tipo se había sentado a horcajadas para hacer mejor su trabajo, que sospeché no iba a tener nada de honesto.

Capté un leve chasquido metálico. Ya no me lo pensé dos veces. Tomé impulso, salté hacia arriba con los brazos extendidos y me agarré a uno de sus tobillos.

El tipo perdió el equilibrio y cayó, por fortuna para él, de cara; de otro modo, se desloma. Algo cayó al suelo junto a él.

Sonó un gruñido de furor. El emboscado se levantó de un salto y

cargó con la cabeza agachada, derribándome con los pies por alto.

Yo me levanté en el acto. Mi adversario trataba de recuperar el objeto caído en el suelo, pero lo derribé de una patada en el costado, que le arrancó un gruñido de dolor, al mismo tiempo que rodaba por tierra.

Me abalancé sobre el arma caída. Con gran asombro por mi parte, comprobé que se trataba de una especie de ballesta medieval, si bien modernizada en algunos puntos de su estructura. Apenas la había recogido, el otro se me echó de nuevo encima.

Los dos forcejeamos por la posesión del arma. De pronto, uno de mis dedos liberó un resorte.

El muelle se disparó con tremenda potencia. Sonó un agudo alarido.

Algo se clavó en el tronco del roble con indescriptible violencia. Delante de mí, el emboscado se llevó las manos al pecho, justamente por encima del cinturón, se tambaleó un poco, dio media vuelta y cayó de bruces.

Yo me quedé estupefacto. ¿Qué clase de proyectiles disparaba aquella ballesta?

De pronto, sonaron voces en las inmediaciones.

Un chorro de luz cayó sobre mí, deslumbrándome. Alguien ordenó en tono perentorio:

—¡Tire la ballesta o lo mato!

La ballesta cayó al suelo, a la vez que yo hacía desesperados gestos con las manos.

—Por favor, he venido en son de paz —exclamé—. Debo darles una explicación...

La voz de Svyria sonó con notas de asombro:

—i El periodista!

—Yo mismo, señora Hir-Yxuss —confirmé cansadamente—. Repito que no he venido aquí con intenciones hostiles.

Svyria miró primero el cadáver y luego me miró a mí.

—Tendrá que explicarse muy satisfactoriamente para que le crea —manifestó.

* * *

—Lo crea o no, yo sólo había venido a entrevistarme con usted, señora —dije.

—¿Le acompañaba ese sujeto? —preguntó Svyria.

—¡ No, rayos! Estaba ahí arriba, en la rama del árbol, buscando el momento apropiado para dispararle su ballesta. Él no se dio cuenta de mi presencia y yo le hice caer al suelo. Luchamos por la posesión del arma, que se disparó y... Bueno, de lo único que puedo acusarme es de haberme entretenido un poco espiando lo que hacía usted en la sala.

Svyria se mordió los labios. Quería creerme, pero aún no se fiaba del todo.

Nardos examinó el cuerpo del caído. En el centro de su espalda se veía una gran mancha de sangre.

—El proyectil le atravesó de parte a parte instantáneamente —informó.

—¿Y dice que trataba de asesinarme? —preguntó Svyria.

—Por lo menos, de disparar su ballesta —contesté—. No pensaba hacerlo para divertirse, creo yo.

Nardos enfocó el árbol con su linterna. El proyectil estaba clavado casi por completo en el tronco.

Yo me espanté de la potencia de la ballesta. Después de atravesar un cuerpo humano, la saeta se había enterrado profundamente en el árbol, en más de las dos terceras partes de su longitud.

Uno de los guardaespaldas se inclinó y registró las ropas del muerto. No tardó mucho en levantarse con un objeto en la mano.

—Éstos son los proyectiles que dispara la saeta —dijo.

Sentí frío. Tratábase de una saeta de metal, de unos veinte centímetros de largo por más de uno de ancho, con cuatro estrías para darle estabilidad en vuelo, a todo lo largo de su estructura. En la punta llevaba unas aletas tipo hélice o barrena, que le conferían el poder de perforación, al hacerla girar a gran número de revoluciones.

—¿Le conocía usted, señor Uthmer? —preguntó Svyria.

—¡Qué cosas tiene, señora! —refunfuñé—. ¿Por qué diablos iba a conocer a ese tipo?

—Debe de ser uno de los acompañantes de Hir-Weffix —sugirió Nardos—. Su nave es muy grande y capaz.

—Es probable —admitió ella—. Pero ¿a qué había venido usted a verme, señor Uthmer?

—El motivo es cierta fuente maravillosa de la que quiero obtener muchos detalles y nadie me los da

—contesté.

—Dudo mucho que lo consiga —declaró Svyria.

—Soy tenaz, señora —alegué.

—Su tenacidad de nada le servirá conmigo.

—Veremos.

—Soy muy poderosa...

Tosí un par de veces. Svyria me miró furiosamente.

—¿No me cree? —preguntó con irritación.

—Está usted en la Tierra, señora —manifesté—. Su poderío no le sirve aquí de nada. Puede que en Vtrux desempeñe un cargo oficial, pero no tengo noticia de que haya llegado aquí amparada en ese supuesto cargo.

—No, es cierto. He venido particularmente...

—¿Después de veinticinco años de separación del capitán Morony? ¿Por qué no lo hizo antes?

Svyria volvió a morderse los labios.

—No era ése el único motivo —contestó.

—¿Cuál, por favor?

—¿Quiere dejar de hacerme preguntas?

—No. Mi obligación es hacerlas, señora.

—Pero no puede forzarme a contestarlas.

—Tal vez. Sin embargo, yo volveré a la carga un día y otro y otro... Conseguiré mis propósitos, créame.

Ella me miró despectivamente.

—Si estuviese usted en Vtrux...

—¿Qué pasa? —la interrumpí con toda desfachatez—. ¿Acaso es usted la reina de aquel planeta?

Svyria pareció sorprenderse de mis palabras. Vaciló un poco, pero no tardó en reaccionar.

—Nardos, el señor Uthmer debe ser encerrado hasta nueva orden —decretó.

—¡Eh, poco a poco! —protesté—. Usted no puede...

—Sí puedo —dijo Svyria sin pestañear—. Vamos, llévenlo a la casa en seguida; del cadáver nos ocuparemos más tarde.

Los otros dos guardaespaldas avanzaron hacia mí, mientras Nardos les alumbraba con la linterna. Yo me dispuse a rechazar el avance de los vtruxianos.

De pronto, sonó un tiro, un verdadero y auténtico tiro, como los de película.

La linterna saltó en pedazos y la oscuridad nos rodeó en el acto. Una voz bien timbrada, fresca y juvenil, gritó:

—¡Rick! ¡Corra, pronto!

CAPÍTULO X

El disparo dejó paralizados durante unos segundos a los vtruxianos. Yo me rehíce antes que ellos, di media vuelta y eché a correr.

—¡Por aquí! —me guió Helen con la voz.

Seguí a la muchacha. Detrás de mí se oían gritos e imprecaciones y la voz colérica de Svyria.

Sonaban pasos muy cercanos. Helen, cuya silueta yo apenas entreveía, se detuvo un instante.

—Siga, Rick.

La detención de Helen duró sólo un instante, lo justo para lanzar algo al suelo. En seguida, continuó corriendo.

Una espesa nube de humo negruzco se expandió rápidamente. Helen lanzó una alegre carcajada, a la vez que se oían toses espasmódicas.

—¿Qué les ha tirado? —pregunté, cuando ya alcanzábamos los límites del jardín.

—Gases lacrimógenos —contestó la muchacha.

—Usa armas antiguas —dije.

—Pero eficaces. Venga, mi helimóvil está aquí al lado.

Momentos después, Helen hacía remontarse al aparato. Yo me sequé el sudor de la frente.

—¿Cómo apareció tan oportunamente? —pregunté.

—Llegamos casi al mismo tiempo —repuso—. Usted me precedió sólo en algunos segundos.

—¿Sabía que Svyria vive ahí?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

La cara de Helen estaba iluminada por el resplandor del cuadro de mandos. Sonreía con malicia.

—Tengo un conocido que es agente de fincas —contestó.

Resoplé con fuerza.

—Elementa], querido Watson —dije de mal humor—. Seguro que ese amigo es el que le alquiló la villa a Svyria.

—Sí, claro.

—¿Venía usted a verla?

—Más bien vine a ver qué hacía.

En el asiento posterior del helimóvil divisé un maletín.

—Llevo aparatos de escucha —añadió Helen, a guisa de explicación.

—Sí, pero, ¿lleva aparatos de dar explicaciones?

La chica volvió a reír.

—Rick, ¿hacemos un trato? —propuso.

—¿Qué clase de trato? —pregunté con desconfianza.

—Usted quiere su reportaje para «I.H.», ¿no es así?

—Demasiado lo sabe, Helen.

—Y yo quiero esclarecer la muerte de mi tío.

—¿Al cabo de veinticinco años?

—¿Qué importa el tiempo en un caso como éste? —contestó.

—Si usted lo dice...

Helen se reclinó en su asiento. El helimóvil debía de tener programado el rumbo, porque no vi que ella tocase los mandos.

—Oficialmente, Morony mató a Glarr en defensa propia —dijo con voz evocadora—. Yo no lo creo.

—Ni a Morony ni a Glarr les importará ya mucho el esclarecimiento de la verdad —manifesté.

—Es probable, porque ambos están muertos, pero a mí sí me interesa.

—Pero, bueno, ¿es que no puede decirme por qué trata de aclarar ese asunto?

—Porque, aunque yo llevo el apellido Glarr, no es el mío verdadero —contestó Helen de modo sorprendente.

* * *

Todavía seguía yo sin reaccionar, cuando Helen, los dos ya en su casa, me entregó una copa. Bebí un par de tragos y luego esperé sus explicaciones.

—De modo que usted no se llama Glarr —dije.

—No, Rick.

—Bien, ¿cuál es su apellido?

—Por ahora, el que usted conoce. Ignoro cuál pueda ser el auténtico.

—¿En qué se basa para ello? —pregunté.

—Aguarde un momento, por favor.

Helen se metió en el interior de la casa. A los pocos momentos, salió con una carpeta de documentos en la mano y se sentó en el diván, a mi lado.

Abrió la carpeta y, tras hojear algunos de los documentos, sacó uno y me lo entregó. Era una carta firmada por el capitán Morony y dirigida a una tal Mavy Glarr.

La carta expresaba las condolencias del capitán por el infortunado suceso ocurrido a bordo de la astronave y se ofrecía para ayudarla, si ella lo estimaba preciso.

Estaba también la respuesta de Mavy Glarr, seca y cortés, denegatoria de tal auxilio.

—¿Hermana de Bob Glarr? —pregunté.

—Sí. Yo he vivido con ella durante veinte años, aproximadamente.

—Pero usted dijo que Bob era hermano de su padre...

—Era un ardid. Bob no tuvo más parientes que dos hermanas: Mavy y otra. Yo usé y sigo usando su apellido desde niña. Nunca he conocido a mis padres.

—¿No le dijo Mavy quiénes eran?

—Ella lo ignoraba también. Me encontró abandonada... Bueno, la historia clásica. Eso de tener un hijo fuera del matrimonio o cuando la mujer es soltera es algo que todavía perturba a ciertas mentalidades.

—Comprendo —dije—. Mavy le dio su apellido, a falta de otro

conocido.

—Sí. Lea esta otra carta.

La carta siguiente había sido escrita por Mavy a una agencia de investigaciones. Estaba también la respuesta de la agencia, la cual, al cabo de bastante tiempo, se había declarado impotente para averiguar el origen de la niña Helen. Ambas cartas, aunque con algunos meses de intervalo, estaban escritas veinte años antes.

—Yo tenía tres entonces —dijo Helen.

—Muy bien, usted no sabe quiénes son sus padres. Pero ¿por qué se metió en todo este jaleo?

—Mavy me dijo que Morony podía aclarar ese misterio— respondió la chica.

—¿Cómo lo sabía ella?

—Se lo dijo Nancy Cullman. Nancy es viuda. Su apellido de soltera era Glarr.

Di un salto en el asiento.

—Entonces, ¡ son hermanas!

—Eran. Mavy murió hace algunos meses.

Me quedé muy pensativo unos momentos. Luego dije:

—Esto se embrolla cada vez más, Helen.

—Según se mire, Rick.

—¿Cómo?

Helen se reclinó en el asiento.

—Para mí, no hay duda de que hubo alguien interesado en ocultar mi origen. Ése no pudo ser otro que el capitán Morony y precisamente lo hizo como consecuencia de la muerte cometida a bordo de su astronave.

—Yo creí que ese suceso estaba relacionado con la muestra del agua de la Fuente de la Juventud que él había traído de Vtrux.

—Todo está ligado entre sí —declaró Helen—. Lo que hace falta ahora es desentrañar del todo la madeja.

—Y saber si realmente existe esa fuente…, aunque sé de una persona que cree ciegamente en su existencia.

—¿Quién es? —preguntó Helen.

—Nancy Cullman. Estaba muy resentida, porque se veía envejecer, mientras Morony conservaba su mismo aspecto de años y años, sin que uno solo de sus cabellos llegase a blanquear.

Helen se mordió los labios.

—Rick, ¿de veras cree usted que existe esa fuente?

—preguntó, perpleja.

Yo me puse en pie.

—Es posible que haya alguien que pueda decírmelo con toda seguridad —contesté.

—¿Quién es esa persona? —quiso saber ella.

—Probablemente sean dos —contesté—. Svyria y Hnannon Hir-Weffix.

—¿Piensa entrevistarse con ellos de nuevo?

—Tal vez haga algo mejor, por lo menos, en el caso de Hnannon —contesté sibilinamente.

* * *

La astronave estaba situada en el área de «Sellado y amarre» del astropuerto. Había varias más, tres o cuatro, embargadas momentáneamente a sus dueños por deudas, pero la que me interesaba era la procedente de Vtrux.

La vigilancia era prácticamente nula en aquel sector. Había un guardia sentado al abrigo de una caseta, pero estaba dormido. Yo podía escuchar claramente sus ronquidos. ¿Quién se iba a llevar una astronave, estando los radares en continuo funcionamiento?

Me acerqué a la nave. Todas las escotillas estaban cerradas y, naturalmente, selladas. Pero había otros medios de penetrar en su interior.

El aparato había sido construido tomando como modelo a los terrestres. En la panza tenía una gran cúpula invertida, toda ella acristalada, que servía de mirador a los pasajeros. Yo conocía el detalle, lógicamente, y había ido preparando para aprovecharme de ello.

Colgada del hombro izquierdo llevaba una bolsa de lona. Dentro había una pequeña maquinita, accionada por una potente pila. Un cable salía de la máquina y estaba terminada en una diminuta sierra circular de diamante.

Al oprimir el resorte de contacto, la sierra empezó a girar a razón de varios miles de revoluciones por minuto. Su misma velocidad la hacía prácticamente silenciosa.

En menos de tres minutos hice un agujero del diámetro suficiente para que mi cuerpo pudiera pasar sin dificultad. En posición de aterrizaje, el mirador ventral de la nave quedaba a menos de dos metros

del suelo.

El grueso cuero de los guantes que yo llevaba puestos impidió que los bordes del vidrio me cortasen al izarme a pulso. Segundos después, estaba en el interior de la astronave.

En la bolsa llevaba también una linterna, con la que me orienté dentro del aparato. No tardé en encontrar la cámara del comandante.

Todo parecía allí en orden, incluso el despacho. Había una pequeña caja fuerte en uno de los mamparos y la abrí sin el menor empacho, usando de nuevo la sierra de diamante.

Dentro de la caja divisé un frasquito plano, con tapón de rosca. Desde luego, no contenía licor, aunque sí algún líquido, cuyo valor merecía ser guardado en lugar secreto.

¿Era una muestra del agua de la Fuente de la Juventud?

Guardé el frasquito en una bolsa. De pronto, cuando ya me disponía a retirarme, percibí rumor de voces cercanas.

CAPITULO XI

Apagué la linterna inmediatamente. Luego, paso a paso, me retiré hasta situarme junto a la puerta.

Las voces sonaron más fuertes.

—Jefe, esto no me gusta —dijo alguien en tono aprensivo.

—¿Por qué temes, Tlocd? —contestó Hnannon—. Aquí estamos seguros.

—Sí, pero los sellos...

—El guarda de noche pondrá otros idénticos cuando hayamos salido —alegó el vtruxiano—. ¿O es que te crees que yo me gasto el dinero en balde?

Los dos hombres estaban ya en la puerta de la cámara. Hnannon abrió y luego dio la luz.

Apenas lo había hecho, un rugido de rabia se escapó de sus labios.

—¡Tlocd! —gritó—. ¡ Han reventado la caja fuerte!

El otro lanzó una maldición.

—Pero, ¿cómo ha sido posible? —exclamó.

Hnannon corrió hacia el mamparo, seguido de su acólito. Yo aproveché la ocasión para deslizarme sigilosamente.

Cuando ya salía,' ellos me vieron. Pero no fueron más rápidos que yo. Antes de que me alcanzasen, cerré la puerta y bloqueé desde fuera el mecanismo de seguridad.

Hnannon se dio cuenta de ello. Apenas había cerrado, vi que se enrojecía el metal.

Pensé que debía de usar algún arma especial, alguna pistola térmica de incalculable potencia. En pocos segundos vi aparecer los primeros goterones de metal fundido.

Ya no me cupo la menor duda de que Hnannon y su esbirro conseguirían abrirse paso. Y tampoco era preciso ser un lince para saber

lo que harían conmigo si lograban atraparme.

Eché a correr. Momentos después, saltaba fuera de la nave a través del orificio que había abierto.

Alguien gritó:

—¡ Eh, usted! ¿Adónde va?

Era el vigilante sobornado. Yo señalé hacia la nave:

—Hnannon le llama. ¡Corra!

El hombre obedeció sin detenerse a meditar demasiado sobre mi indicación. Yo aproveché para alcanzar mi helimóvil y desaparecer antes de que pudieran reaccionar.

* * *

—Ahora tengo que esperar veinticuatro horas para tener la solución a unos experimentos —me dijo el doctor Bardon.

—Y, mientras tanto, permaneces sin hacer nada.

—Descanso, que buena falta me hace. He llevado unos días de trabajo, como no se los desearía a mi peor enemigo.

—A tu peor enemigo tú le desearías algo más que trabajar —dije irónicamente—. Pero no quiero que descanses. ¿Tienes un par de vasos limpios?

—Hombre, Rick...

Bardon trajo los vasos. Yo destapé el frasco, que debía ser capaz para un contenido de medio litro aproximadamente, y vertí un dedo de su líquido en cada vaso.

—¿Qué clase de brebaje es ese? —preguntó Bardon.

Tomé el vaso y tomé un sorbito. Parecía agua, un poco espesa y algo azucarada.

—Prueba —dije, terminando el líquido de mi vaso a continuación.

Bardon accedió.

—Parece agua —dijo después.

—Agua de la Fuente de la Juventud, Lew.

Mi amigo me miró como si yo estuviese loco.

—¿Hablas en serio, Rick?

—Te he traído ese frasco para que analices su contenido. ¿Te costará mucho?

—Hombre, depende de varios factores..., pero haré lo que pueda. Oye, Rick, eso que dices, ¿va en serio?

—Por lo menos, alguien se lo ha tomado muy en serio —contesté—. Volveré a la tarde.

—De acuerdo. —Bardon hizo de pronto un par de movimientos de flexión con los brazos—. Oye, ¿sabes que me encuentro más ágil? Incluso noto cierta distensión en mi mente... Me sentía muy recargado y ahora me noto más despejado, muy estimulado...

—El agua de la Juventud —dije con una sonrisa.

Y me marché de la casa de mi amigo, porque tenía que hacer una visita y ya había perdido demasiado tiempo.

Mientras subía a mi helimóvil noté en mi cuerpo y en mi mente ciertos efectos beneficiosos, muy semejantes a los descritos por Bardon. ¿Había encontrado realmente el agua de la Fuente de la Juventud?, me pregunté, satisfecho y temeroso a un tiempo.

Me sentía satisfecho, porque la ingestión de aquellos pequeños sorbos de líquido había mejorado mi estado general, pero también temeroso al pensar en las posibles consecuencias de mi acción.

¿Y si vivía cientos de años?

Una existencia tan dilatada podía ser algo maravilloso... y también algo horrible. ¿Qué pasaría cuando viese envejecer a los demás, parientes, amigos, conocidos... mientras yo me mantenía con el mismo aspecto años y más años?

Por el momento, era preferible no pensar en ello.

Todavía había más de un enigma que resultaba preciso aclarar.

* * *

Svyria estaba arreglándose el pelo frente al espejo de su tocador, cuando, de pronto, vio mi imagen reflejada en el vidrio azogado.

La hermosa mujer se quedó inmóvil, con las manos en el cabello, su pecho subiendo y bajando con ritmo tempestuoso. Ambos nos mirábamos por medio del espejo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella al cabo.

—He venido a sostener una conversación privada —contesté.

—¿Por dónde ha entrado? Mis guardias vigilan...

—No lo debido —sonreí.

Svyria giró en su asiento para enfrentárseme.

—¿De qué quiere hablar conmigo? —preguntó.

—De usted, del capitán Morony... y de la Fuente de la Juventud.

—Demasiados temas, señor Uthmer.

—Es un solo tema, señora.

—¿Y si yo le dijera que no tenemos nada que hablar?

—Le recordaría que hace pocas noches salvé su vida —contesté, impertérrito.

Svyria se mordió los labios.

—Tiene usted razón —dijo.

—Y, como agradecimiento, usted quiso encerrarme.

—Tenía motivos para ello.

—¿Qué motivos?

—Usted es muy entrometido...

—Lo da la profesión, señora.

—Sí, es cierto; pero usted también interfiere mis planes.

—¿Cuáles son, si puede saberse?

Los bellos ojos de Svyria centellearon.

—Vengarme de los asesinos de Lance —contestó.

—Están en la Tierra. Yo los he visto un montón de veces. ¿Tan difícil le resulta a usted encontrarlos?

—He de buscar la ocasión propicia. No quiero problemas con las autoridades de la Tierra.

— Usted me defrauda, señora —dije.

Svyria saltó en su asiento.

—¿Es que no me cree? —gritó.

—Sí, pero, vamos, cuando una mujer está enamorada de veras, las consecuencias de sus actos no deben importarle en absoluto.

—Sé lo que quiere decir, pero también he de pensar en mis acompañantes. A mí no me importaría matar a Hnannon ahora mismo, sin pensar en las consecuencias, pero ellos han venido para ayudarme y debo procurar que vuelvan sin daño a Vtrux.

—Loable propósito —dije—. Pero, ¿hablamos del capitán Morony y de usted?

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Hace veinticinco años, el capitán se separó de sus tripulantes y estuvo perdido durante casi un año. ¿Es mucho pensar que pasó todo ese tiempo a su lado, señora?

Svyria calló un momento. Su seno palpitaba con fuerza.

—No —dijo de pronto—, es verdad. Estuvimos juntos casi un año.

Se puso en pie y caminó hacia la ventana. Apoyó la frente en el

cristal y dejó que su mirada vagase por el jardín que rodeaba la mansión.

—Fue el período más maravilloso de mi vida. Yo tenía entonces apenas veinte años. Lance fue la representación viva de mi ideal.

—Pero la abandonó.

—Rompimos entonces.

—¿Por qué?

—Ninguno de los dos quiso transigir.

—¿En qué punto?

—Él quería traerme a la Tierra y yo no quería abandonar Vtrux.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Sí. Iban a nombrarme jefe de Estado planetario.

No pude contener un movimiento de asombro.

—Algo así como reina o emperatriz de Vtrux, ¿no?

—En efecto.

—¿Y sigue siéndolo?

—No. Otro me ha sustituido. Yo dejé el cargo hará un par de meses.

—¿Dimisión?

—Se cumplió el plazo de mi jefatura de Estado. Es de veinticinco años como máximo.

—Pero ¿no podía haberlo hecho antes?

—Las leyes de Vtrux no lo permiten.

—Bueno, un jefe de Estado puede hacer aprobar una ley...

—No una ley que sólo le beneficie a él —alegó Svyria—. El cargo es más bien honorífico, pero irrenunciable cuando se es elegido. Y yo no podía ni quería quebrantar las leyes de mi planeta. A eso ustedes le llaman cumplimiento del deber..., que es lo mismo que hizo Lance cuando regresó a reunirse con sus compañeros, para volver a la Tierra.

—Pasaron veinticinco años. ¿Cómo es que no consiguió en todo ese tiempo que Lance Morony volviese a su lado?

—No se lo pedí, no podía pedírselo —respondió Svyria.

—¿Por qué, señora?

Svyria se separó de la ventana.

—Ésos son motivos muy particulares —contestó.

—Muy bien, tal vez algún día los conozca. Ahora, por favor, dígame una cosa.

—Sí, señor Uthmer.

—Le ruego sinceridad en la respuesta. Diga sí o no, pero sea sincera.

¿Entendido?

—Pregunte —accedió ella.

—¿Es cierto que en Vtrux hay una Fuente de la Juventud?

La respuesta de Svyria fue rotunda, enfática, contundente:

—Sí.

CAPITULO XII

Era hora de ir de nuevo a casa de mi amigo el doctor Bardon.

Después de la entrevista sostenida con Svyria, había regresado a mi piso. Necesitaba un poco de soledad.

Tenía la cabeza hecha un mar de pensamientos contradictorios. La Fuente de la Juventud existía; no se podía dudar de la afirmación de Svyria. ¿Había bebido yo de aquel agua maravillosa?

Estuve unas tres horas tendido en un diván, descansando más el cuerpo que la mente. Mi mente, en efecto, era un puro torbellino.

De todo lo que había averiguado, un punto, sin embargo, continuaba oscuro para mí.

Resultaba evidente que Svyria estaba enamorada de Morony. ¿Por qué, en veinticinco años, no hizo gestiones para atraerlo de nuevo a su lado?

En este punto, Svyria se había mostrado irreductible y no había querido declarar los motivos de su, en apariencia, incongruente actitud. La verdad, a mí tampoco se me alcanzaban.

Pero confiaba en averiguarlo. Tarde o temprano lo sabría, me dije, mientras me arreglaba un poco para salir de nuevo.

Cuando abrí la puerta, me encontré frente a tres hombres, dos de los cuales empuñaban sendas pistolas.

Hnannon me miró, a la vez que sonreía con ironía.

—¿Tiene mucha prisa, señor Uthmer?

Procuré mantener la compostura.

—A la vista de esas pistolas, ninguna —contesté.

—'Lo celebro —dijo el vtruxiano—. Retroceda hasta la pared de en frente, por favor.

Hice lo que me decían. Aquellas pistolas, cada una de un tipo, me

daban mucho miedo.

Hnannon y sus acólitos entraron en el piso. Tlocd cerró la puerta.

—Señor Uthmer, tenga la bondad de fijarse en estas pistolas —dijo el primero.

—Las estoy viendo con toda claridad —contesté.

—Una de ellas dispara proyectiles disolventes tóxicos —explicó Hnannon plácidamente—. La muerte es dulce, instantánea...

—Qué delicia —suspiré.

—La otra es un arma térmica. Sus descargas son capaces de fundir las rocas.

—He tenido ocasión de comprobarlo —manifesté.

—Pero no conoce del todo sus efectos. La intensidad de la descarga térmica puede ser regulada.

—¿A qué viene eso, señor Hir-Weffix?

—Muy sencillo. Podemos tostar ciertas zonas de su cuerpo, si se niega a cooperar con nosotros —amenazó el vtruxiano.

—¿Cooperar? ¿En qué sentido?

—Primero, ¿dónde está el frasco que se llevó de mi nave?

—¿Qué frasco? —dije con fingida ingenuidad.

—No se haga el tonto. Demasiado sabe a qué me refiero.

—Lo siento. Yo no vi ningún frasco en su nave.

—Forzó mi caja fuerte...

—¿Quién? ¿Yo? Vamos, no me haga reír. ¿De dónde ha sacado semejante insensatez?

—Estaba allí cuando llegamos nosotros...

—Por cierto, sobornando al vigilante nocturno.

Hnannon frunció el ceño.

—Se enteró de ello —dijo.

—Sí —confirmé.

—Bueno, es igual. El caso es que usted se llevó el frasco.

—No.

—Por última vez, ¿dónde lo tiene?

Estaban a cuatro pasos de mí. La pistola térmica apuntaba directamente a mi pecho.

—La caja fuerte había sido reventada ya cuando llegué —dije.

Hnannon me miró con recelo.

—Entonces, ¿a qué diablos fue usted a mi nave? —preguntó.

—Soy periodista, no lo olvide.

—No es una respuesta...

—La única que puedo darle.

El vtruxiano parecía desconcertado. Yo me mantenía muy sereno y ello le hacía sentirse perplejo.

Quizá pensaba que otro había llegado antes que yo a su nave. En todo caso, estoy seguro de que no se le ocurría quién podía ser ese supuesto otro individuo.

De repente me soltó una pregunta a bocajarro:

—¿Dónde está Lance Morony?

* * *

Era el segundo de los motivos de su visita. Yo continué haciéndome el tonto.

—¿Cómo dice?

Aunque hervía de furia, Hnannon procuró armarse de paciencia.

—Le he preguntado donde está Lance Morony

—dijo.

—Muerto. ¿Es que no lo sabe?

—La muerte de Morony no ha sido divulgada ni se tiene noticia de que su cuerpo haya sido sepultado.

—Usted me dijo que sí, que ya estaba enterrado

—contesté.

Hnannon acusó el golpe.

—Me lo suponía entonces —dijo—. Lo di por hecho.

—Ah, entonces, ¿no está muerto?

—¿Quién se lo ha dicho, Uthmer?

—Usted, claro.

El vtruxiano se pasó una mano por la cara.

—¡ Voy a volverme loco! —dijo.

—Claro. Usted dice un día que Morony está enterrado. Ahora va y me pregunta dónde se encuentra. Eso indica que su cabeza no rige demasiado bien, Hnannoncito.

—¡Mi nombre es Hnannon! —tronó mi interlocutor.

—Era un diminutivo afectuoso —sonreí.

—¡Pues me llamo Hnannon! ¿Me oye usted?

—Perfectamente. Que sea por muchos años, Hnannoncito… Perdón, Hnannon.

—¡Basta! Conteste a mi pregunta. ¿Dónde está Morony?

—Si usted no lo sabe, ¿cómo diablos quiere que lo sepa yo?

Hnannon levantó una mano.

—Cuando la baje, una descarga térmica le amputará el brazo izquierdo —amenazó—. Y ello ocurrirá dentro de cinco segundos, a menos que conteste…

—¿Está seguro? —sonó de pronto la voz de Helen. Hubo un momento de desconcertado silencio. Luego, los sicarios de Hnannon empezaron a moverse.

—¡Quietos o disparo! —amenazó la chica.

Agité una mano.

— Gracias por tu llegada tan oportuna, Helen —dije.

—Sí, parece que he llegado a tiempo.

Ella tenía en la mano un revólver de cañón muy grueso. Hnannon se volvió despacio.

—Está exponiéndose a graves peligros, señorita —dijo.

—Ordene a sus esbirros que tiren las armas al suelo —contestó ella, impertérrita.

Hnannon movió negativamente la cabeza.

—Dígaselo usted —contestó.

—Está bien. Vuélvanse, muchachos.

Los vtruxianos obedecieron. Helen disparó dos veces, muy rápido.

Algo parecido a unas bolas de una sustancia gomosa brotó de la boca del arma, estrellándose contra los brazos armados. Las bolas se ensancharon con enorme rapidez, adquiriendo en instantes un diámetro de un metro.

Los esbirros intentaron quitarse aquella sustancia con la mano libre. Esfuerzo inútil; a cada movimiento, lo único que hacían era extenderla más y más, originando multitud de gruesos hilos gomosos y pegadizos, que poco a poco iban envolviéndoles con sus mallas viscosas. Para rematar su tarea, Helen disparó otro proyectil al pecho de Hnannon.

El individuo lanzó un rugido mientras empezaba, al igual que los otros, la inútil tarea de liberarse de aquella sustancia gomosa. Helen me hizo una señal con la mano.

—¡Vámonos, Ricky!

—De mil amores —dije.

Antes de salir, me volví hacia dentro.

La escena era ciertamente risible. A cada esfuerzo, la sustancia viscosa se extendía más y más. Hnannon y los suyos estaban ya casi completamente envueltos por aquella especie de goma de mascar, cuyo aumento de volumen no parecía tener fin.

—Me pondrán la casa hecha una lástima —dije, mientras descendíamos hacia la planta baja.—No te preocupes —contestó ella—. Dentro de veinte minutos todo lo más, la sustancia empezará a convertirse en un gas innocuo, que se disipará por completo.

Dirigí a Helen una mirada de asombro.

—¿De dónde has sacado ese artefacto? —pregunté.

Helen me hizo un guiño.

—Un pequeño secreto —contestó.

Llegamos a la planta baja.

—Tú tenías intención de ir a alguna parte —dijo Helen—. ¿Puedo acompañarte?

Vacilé un momento.

—¿Por qué no? —accedí al cabo.

Subimos al helimóvil. Yo programé la ruta de la casa de mi amigo. El aparato se gobernó automáticamente unos segundos más tarde.

—¿Puedo saber el nombre de tu amigo, Rick?

—Sí, es el doctor Bardon, biólogo, entre otras cosas. Tengo que recoger el resultado de un análisis.

—¿ Personal?

—Quizá. Se trata de un líquido que no se encuentra en la Tierra.

—El agua de la Fuente de la Juventud —adivinó Helen.

—Muy probablemente, así es.

—¿No le? sabes seguro?

—Te podré contestar a esa pregunta dentro de veinticinco años.

Ella se volvió para mirarme con sorpresa.

—¿Cómo? ¿Has bebido el agua de esa fuente?

—Una cantidad equivalente a una copita de licor.

Y mi amigo también. Ahora bien, si es o no agua de la Fuente de la Juventud, no puedo asegurarlo todavía. Pero sí resulta agradable de tomar, tónica y estimulante del cuerpo y de la mente.

Helen se reclinó en el asiento.

—Rick, para vivir más tiempo, ¿es preciso beber de ese agua a diario o basta una toma única? —inquirió.

—Lo siento, pero ésa es una pregunta a la cual no puedo contestar, porque no lo sé —repliqué.

* * *

—El líquido es agua, por supuesto —dijo el doctor Bardon—. Básicamente es agua, pero contiene otra sustancia que no he conseguido identificar todavía.

—Eso significa que ese líquido no procede de la Tierra —manifesté.

—Rotundamente, no —concordó mi amigo.

—Bien, pero, ¿ qué sustancia es? —quiso saber Helen.

—Esperen un momento, por favor.

Bardon dispuso un proyector de imágenes.

—He tomado unas cuantas fotografías de las diversas observaciones realizadas con varias muestras del líquido, a distintas temperaturas —explicó—. Sin embargo, el líquido no muestra diferencia alguna cualquiera que sea la temperatura, siempre que no alcance los límites corrientes de evaporación o congelación. En tal caso, la sustancia extraña que contiene no sufre alteración: o se pierde en la atmósfera con el vapor de agua o continúa inalterable en el hielo, también congelada.

—¿Qué tamaño tienen sus partículas? —preguntó.

—Una décima de miera la más grande. Lo corriente es que su diámetro sea de la mitad.

—Media diezmilésima de milímetro —dijo Helen asombrada.

—Así es —corroboró el doctor Bardon.

El proyector ya estaba listo. Bardon apagó la luz y la primera imagen apareció en la pantalla.

Era un círculo como de metro y medio de diámetro. En su interior vimos siete u ocho exágonos regulares, con crestas en los bordes, como cristalitos de nieve, de gran belleza de forma y distintos tamaños.

—La proporción es de unos diez cristalitos por milímetro cúbico —dijo mi amigo.

—¿Son insolubles en el agua de muestra?

—Sí, pero se disuelven en la sangre. He hecho pruebas y la disolución se produce en pocos momentos.

—Después de la ingestión por vía oral, ¿no es así?

—Efectivamente.

Bardon proyectó a continuación una película tomada a cámara lenta. Se veía una muestra de sangre suya, —explicó—, sobre la cual caía una minúscula gotita de agua del frasco de Hnannon.

El microscopio amplió las imágenes de forma extraordinaria. Pudimos ver la entrada de los extraños cristalitos en la sangre y su veloz disolución.

—Eso es todo —dijo Bardon, cuando la proyección hubo terminado.

Helen y yo nos quedamos silenciosos.

—Lew —dije al cabo de unos momentos—, ¿crees que esos cristales pueden constituir la sustancia que, según las leyendas, alarga la vida humana extraordinariamente?

—Quizá, pero no puedo afirmarlo mientras no examine el líquido con un microscopio de más aumentos que el mío. Sólo puedo conseguir aquí veinte mil aumentos.

—¿Crees que es necesario una mayor potencia de aumento?

—Sin duda. Pero tendría que desplazarme a la Universidad, donde tienen un microscopio de hasta un millón de aumentos. Entonces podría observar los cristalitos hasta en los menores detalles de su estructura. Sin embargo, no puedo.

—¿Por qué? —preguntó Helen.

Bardon me miró a mí.

—Rick sabe que estoy empeñado en otro trabajo de mayor urgencia —repuso.

—¿Que trabajo?

—Lo siento —evadí una respuesta concreta—. Por ahora no puedo decir nada.

—Ni yo tampoco —agregó Bardon.

Helen pareció decepcionada.

—Demasiados misterios —se quejó.

—En este caso es completamente necesario —alegué.

Y luego me volví hacia el biólogo.

—Lew, en tu opinión, ¿cómo puede influir el agua de la Fuente de la Juventud en la prolongación de la existencia? —consulté.

—No hay más que una respuesta posible —dijo Bardon—. Aumento de la capacidad de resistencia de las células del cuerpo humano.

—Es decir, prolongar la vida de cada célula.

—Sí. En nuestro organismo, miles de células nacen y mueren a diario. Si ese proceso se retarda, es lógico que se retarde también el

proceso de desgaste del cuerpo humano, lo que, en definitiva, significa prolongación de la existencia humana. ¿Por cuánto tiempo?

—Bardon suspiró —Eso sólo lo pueden decir los que hayan ingerido el agua maravillosa hace muchos años.

—Y sigan con vida todavía, claro.

—Habría que encontrar a uno de esos sujetos, preguntarle por su edad actual y saber, aproximadamente, cuánto debería haber vivido en circunstancias ordinarias. Y aun así, resultaría una respuesta ambigua, porque me imagino que ese líquido no causará los mismos efectos en todos los organismos. A unos los hará vivir más, otros vivirán menos... y no excluyo tampoco que haya quien siga igual que antes, es decir, que el agua de Vtrux no le cause el menor efecto.

Bardon tenía razón.

—En resumen, que eso sólo se puede saber hablando con alguien que haya bebido muchos años atrás el agua de la Fuente de la Juventud y sepa positivamente que esa ingestión ha prolongado su existencia — dije.

—Justamente, Rick —corroboró el biólogo.

CAPÍTULO XIII

Era necesario hablar de nuevo con Svyria.

Aquella mujer debía de rondar los cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, pero de rostro y figura, aunque en ella se viese cierta madurez, se conservaba como si tuviese veinte años menos.

Y si se recordaba su cargo y el tiempo transcurrido, resultaba lógico pensar que Svyria había bebido del agua maravillosa.

No obstante, me pareció conveniente deshacerme de Helen. Quería que la entrevista tuviese lugar a solas.

Nardos intentó cerrarme el paso cuando al día siguiente intenté entrar en la casa.

—La señora no está visible —anunció.

—Dígale que he venido a hablar con ella —manifesté secamente.

Nardos vaciló. Yo lo aparté a un lado.

—¡ Svyria! —grité desde el centro del amplio recibidor.

Ella apareció a los pocos instantes en el corredor del primer piso.

—¿Usted? —dijo, sorprendida.

—En efecto, señora. Quiero hablar con usted. Es urgente.

Svyria descendió con paso rápido y se encaminó hacia una puerta lateral.

—Entre —invitó.

Crucé el umbral y cerré la puerta de la sala. Svyria me miró fríamente.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—Sólo una cosa, señora —dije—. Deseo saber si usted ha bebido el agua de la Fuente de la Juventud.

Hubo un momento de silencio. La mirada de Svyria se tornó melancólica.

—No —contestó.

Abrí la boca, estupefacto.

—¿Es posible? —pregunté.

Ella sonrió amargamente.

—Yo no sabía si Lance la había tomado o no —contestó—. Por eso me abstuve de tomar la dosis prescrita.

—¿Cuál es el volumen de la dosis?

—Entre diez y veinte centímetros cúbicos, cada veinte o veinticinco años —respondió.

—Pero Lance sí bebió de aquel agua.

—¿Lo sabe usted a ciencia cierta?

Recordé a Nancy Cullman.

—Estoy en condiciones de asegurarlo —respondí.

—Ahora lo mismo da —dijo con voz cansada—. Lance está muerto.

—Pero usted se conserva muy bien —alegué—. No representa ni de lejos la edad que tiene.

—Las condiciones ambientales de Vtrux son muy distintas de las de la Tierra y, por supuesto, muchísimo más favorables para la prolongación de la vida humana. Allí se vive, por término medio, el doble que aquí.

—Y, además, está la Fuente de la Juventud.

—Efectivamente. Pero no todos la toman. Nuestra filosofía es muy distinta de la suya, señor Uthmer. Muchos consideran que vivir doscientos años es más que suficiente.

—En la Tierra se pensaría de otro modo, desde luego. Pero, ¿por qué no tomó su dosis?

—¿Me hacía falta?

Hice un gesto con la cabeza.

—Indudablemente, no. Además, quería tener un aspecto físico equivalente, en edad, al de Lance Morony.

—Así es —corroboró Svyria.

—Muy bien, señora. Y ahora, ¿puede decirme por qué vino a buscarlo al cabo de un cuarto de siglo? Incluyendo también, por supuesto, una explicación lógica y congruente de por qué no lo hizo llamar en todo ese tiempo.

Los ojos de Svyria centellearon.

—Tuvimos una hija. Lance me la arrebató —respondió de modo sorprendente.

* * *

Tardé algunos segundos en digerir la respuesta.

—¿Tuvieron… una hija? —murmuré.

—Sí. Dos años después de su nacimiento, Lance hizo que me la arrebataran. Traté de localizarla, pero me fue imposible. Mi cargo, por otra parte, me obligaba a mucho y…

Svyria no pudo seguir hablando.

La puerta se abrió de repente. Seguido de dos de sus esbirros, Hnannon irrumpió en la sala.

—Tenía ganas de encontrarte —dijo con gesto torvo.

Svyria se irguió.

—¿Con qué derecho…?

Hnannon la interrumpió con una mordaz risotada.

—Mira las armas de mis hombres —dijo.

—Sí, es el derecho de la fuerza —admitió Svyria fríamente.

A través de la puerta abierta, se veía el cuerpo de Nardos tendido en el suelo.

—¿Muerto? —pregunté.

—Sólo atontado —repuso Hnannon.

—Bien, habla de una vez —dijo ella—. ¿Á qué has venido?

—Morony no murió. Quiero saber dónde lo escondes.

Svyria se llevó una mano al pecho.

—¡ Eso no es cierto! —dijo, trémula de emoción—. Yo misma vi su cadáver…

—Viste un cuerpo inanimado, que no es lo mismo —gruñó Hnannon.

—Había recibido un proyectil disolvente tóxico.

—Es cierto, pero tú ignoras que esos proyectiles no matan, al menos instantáneamente, al que ha bebido el agua de la Fuente de la Juventud. Ciertamente, una persona en esas condiciones se sume en un estado cataléptico y puede parecer un cadáver, pero, repito, Morony está vivo. Y tú conoces su escondite.

—¡No! —protestó Svyria—. No lo sé. Te aseguro que no…

Se calló de pronto. Sus ojos se clavaron en mi cara.

—Usted escondió el cuerpo de Morony, Uthmer —acusó.

Me llevé las manos al pecho.

—¿Yo? —dije, con una risita de circunstancias—. Piensa muy mal de

mí, señora.

Hnannon se me acercó con un gesto ominoso en su rostro.

—Ella dice la verdad —gruñó—. ¿Dónde está Morony?

* * *

Hnannon parecía ir en serio esta vez, Su aspecto no era nada tranquilizador.

No obstante, yo procuré conservar la calma.

—Oiga, es usted un tipo que cambia mucho de opinión —respondí con acento intrascendente—. Primero dice que lo sabe ella; luego, que soy yo... ¿En qué quedamos?

—Si ella tuviese el cuerpo de Morony, ya no estaría en la Tierra —alegó Hnannon.

—Eso lo dice usted. A lo mejor se habría quedado a vivir aquí. En la Tierra no se vive tan mal como parece.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo. Uno de los dos lo sabe y yo arrancaré la verdad al que sea... ¡y como sea!

—Fanfarronea usted demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que es un asesino —dije.

Hnannon respingó.

—¿Qué está diciendo, estúpido?

—Lo que oye. Usted mató, u ordenó matar, a Morony, a Tom Fyfe, a Barry Brien y quería matarme también a mí, pero le falló el plan y, en mi lugar, fue Fakl Hir-Oayo el que perdió la cabeza. Encima se hace el ofendido y casi, casi está pidiendo indemnizaciones.

—Yo no he ordenado cometer ninguna muerte

—mascculló Hnannon.

—Esos tipos que le acompañan no dirán nada y hay otros dos que dirán aún menos, porque están muertos, uno de ellos Fakl. El otro es el que trataba de matar a la señora Hir-Yxuss a ballestazos.

—¿Qué? —Hnannon estaba atónito—. Pero ¿de qué diablos me está acusando?

—Ya lo ha oído —dijo Svyria—. Y tiene razón.

—¡ Todo es mentira, una absurda mentira! ¡Muchachos, preparen las pistolas térmicas! —rugió Hnannon—. No he cometido ningún asesinato, pero estoy dispuesto a quitarlos a ambos de en medio si no me dicen lo que deseo saber.

—Y, ¿qué es lo que desea saber? —pregunté.

—El paradero de Morony, hombre —respondió Hnannon con malhumor.

—Pero, bueno, ¿qué interés tiene en conocer ese dato?

Hnannon apretó los labios.

—Si Morony no está muerto, todavía tenemos una posibilidad de conocer la ubicación exacta de la Fuente de la Juventud. Él es el único que lo sabe —contestó.

Yo abrí la boca, estupefacto.

—¿Puede ser eso cierto, señora? —pregunté a Svyria.

—Temo que sí —contestó ella.

—Pero... usted tenía en su nave una muestra del agua de esa fuente.

—De una de las dos fuentes que había en Vtrux —puntualizó Hnannon—. Una de ellas se ha secado; está agotada por completo y no hay posibilidades de que vuelva a manar el líquido. Y esa fuente seca, estamos seguros de ello, no fue visitada jamás por el capitán Morony.

—¿Debo creerle? —pregunté a Svyria.

La mujer hizo un signo de asentimiento.

—Sí —contestó—. Cuando Morony estuvo allí, nosotros mismos no conocíamos más que la existencia de una fuente. Él encontró la segunda...

—Pero ¿cómo puede ser posible tal cosa? Ustedes son nativos de Vtrux —exclamé desconcertado.

—Vtrux es un planeta muy accidentado y, para un tamaño aproximadamente igual al de la Tierra, tiene sólo la mitad de los océanos que hay aquí —explicó Svyria—. Eso hace que la superficie sólida sea muchísimo más extensa.

—Ahora comprendo —murmuré.

—Además, la población es apenas una centésima parte de la terrestre.

—Unos cien millones de habitantes —calculé.

—Aproximadamente.

—¿Y tan necesaria estiman ustedes ese agua maravillosa? —pregunté.

—Si usted fuera vtruxiano, ¿no lo estimaría necesario? —preguntó Hnannon.

—Un argumento muy lógico...

—Está bien, ya tiene explicaciones suficientes para darse una idea de

nuestro problema —cortó Hnannon—. Ahora, de una maldita vez, dígame dónde está Morony.

—¿Qué pasará si me niego a contestar? —inquirí.

La respuesta del vtruxiano fue harto contundente.

—Le haré matar —dijo—. Aquí y ahora mismo, Uthmer.

CAPITULO XIV

Esta vez no tenía a mano el providencial socorro de Helen Glarr. Tenía que apañármelas como pudiese y cuanto antes mejor o lo pasaría muy mal.

Una cosa era segura: yo no podía revelar el paradero de Morony. Aún no era tiempo.—¿Y bien? —dijo Hnannon, impaciente—. ¿Se decide o no, Uthmer?

El tipo estaba frente a mí. Sus dos acólitos se hallaban a un paso más atrás y a ambos lados de él.

Hice una seña con la mano.

—Acérquese —dije en tono confidencial.

Hnannon picó. Entonces, yo estiré la mano izquierda y lo atraje hacia mí. Al mismo tiempo, disparaba el puño derecho con todas mis fuerzas.

El resultado fue que Hnannon salió proyectado como un obús, chocando con Hir-Malli, al que derribó, cayendo ambos al suelo en un informe revoltijo de brazos y piernas.

El otro tiró de su pistola, pero de nuevo fui yo más rápido. Salté sobre él, desvié su mano izquierda y le arreé un derechazo que lo transportó en vuelo hasta el extremo opuesto de la sala.

Hnannon y Tlocd intentaban levantarse. Antes de que lo consiguieran, yo ya salía disparado por la puerta.

El helimóvil de Hnannon estaba parado frente a la entrada. Me asomé un momento al interior, di media vuelta a dos llaves de mariposa y el cuadro de mandos quedó suelto.

Un instante después, el cuadro de mandos yacía sobre la acera, con todos sus cables, lo menos treinta, arrancados de los controles del aparato. Mi helimóvil estaba a un paso y en el momento en que partía,

vi a los otros que salían de la casa.

Hnannon blandió un puño en un impotente gesto de rabia. Era todo lo que podía hacer.

Veinte minutos más tarde, yo llamaba a la puerta del piso de Helen.

La muchacha acudió a abrirme de inmediato.

—Hola, Rick. Pareces agitado —observó.

—Un poco. ¿Tienes una copa por ahí?

—Claro. Entra y sosiégate. ¿De dónde vienes, si es que se puede saber?

—De una reunión nada amistosa. Oye, Helen, tú eres policía o algo por el estilo, ¿no es así?

Helen me miró de soslayo mientras destapaba la botella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sonriendo.

—Tus armas, tu manía de meter la nariz en lugares que no te importan en absoluto… Eso no lo hace una chica con un vulgar empleo oficinesco.

Ella me entregó la copa.

—Pertenezco a un Servicio de Información. —No dijo cuál—. Pero todo lo que he hecho ha sido a título particular.

—Bueno, eso es lo de menos. El caso es que puedes seguir actuando, ¿no es así?

—¿Te interesa, Rick?

—Nos interesa a ambos, Helen.

—Si tú lo dices… Adivino que me vas a pedir algo.

Tomé un buen trago.

—Sí, Helen; es cierto. Voy a pedirte que hagas algo que resultará beneficioso para los dos —contesté.

* * *

Nancy Cullman me miró con recelo después de haber abierto la puerta, en contestación a mi llamada.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó con frialdad.

—Deseo hablar con usted, señora Cullman —manifesté.

—Me parece que ya le dije todo…

—Todo, no, señora. Usted se calló el apellido de soltera.

Nancy me volvió la espalda con gesto desdeñoso.

—¿Tiene eso alguna importancia? —respondió.

—Según se mire. ¿Cuándo enviudó usted?

—Hace treinta y cinco años. Yo tenía entonces menos de veinticinco.

—¿Y no volvió a casarse?

—No.

—Usted tenía una hermana. Eso tampoco lo mencionó el otro día.

—Hablábamos exclusivamente del capitán Morony.

—Su hermana Mavy, hoy difunta, también está relacionada con esta historia.

—¿Puedo saber por qué?

—Muy sencillo. Durante muchos años, pasó por la madre de una chica llamada Helen, que no era hija suya, naturalmente.

Las facciones de Nancy se crisparon. Aunque estaba vuelta de espaldas a mí, yo podía ver parcialmente el perfil de su cara.

—Bien, si ella recogió a Helen, yo no podía oponerme. Mavy ya tenía años para saber lo que se hacía

—contestó.

—¿Acaso Helen es hija suya? —insinué.

—¡No! —Nancy negó rotundamente y se volvió de nuevo hacia mí —. ¡Yo no he tenido hijos jamás!

—¿Se siente frustrada por ello?

—Mis frustraciones no provienen de la falta de hijos, sino de lo que usted ya sabe.

—El desamor del capitán Morony.

Los puños de Nancy se cerraron con fuerza.

—¿Por qué no se va de mi casa? —gritó con voz descompuesta—. ¡Váyase, váyase y déjeme en paz!

—Sí, señora —contesté—. Por favor, antes de irme, ¿puedo hacer una llamada?

Nancy se encogió de hombros con indiferencia. Yo me acerqué al videófono y marqué una cifra.

—¿Doctor Bardon? Ah, eres tú, Lew. ¿Cómo va el experimento? Sigue su curso normal, ¿verdad?... ¿Cómo? ¿Que tienes buenas noticias que darme? Muy bien, Lew; iré lo antes que pueda. Gracias por todo y hasta ahora.

Cerré la comunicación.

—Gracias, señora Cullman —me despedí.

Ella seguía guardando un desdeñoso silencio cuando yo abandoné su casa.

* * *

Me encontré con Helen en las inmediaciones de la residencia de Bardon.

—He encontrado los datos que me pediste —dijo.

—¿Puedo verlo?

—Claro, Rick.

Helen me entregó una carpeta, cuyo contenido hojeé rápidamente. Al cabo de unos momentos, me había impuesto de cuanto deseaba saber.

—Gracias, preciosa —dije—. Has realizado una labor inestimable.

—Y tú, ¿has conseguido algo?

La miré, sonriendo sibilinamente.

—¿Por qué no me acompañas y lo sabrás? —repuse.

—Muy bien, vamos allá.

Momentos después, estábamos con Bardon.

—Todo va bien —dijo el biólogo—. El experimento está a punto de terminar.

—Me quitas un peso de encima —suspiré—. ¿Has hecho más exámenes del agua de Vtrux?

—Sí, fui a la Universidad y examiné unas muestras con el microscopio de un millón de aumentos.

—¿Y...?

—No he sacado mucho más en limpio. Cada uno de los cristales que vimos está compuesto, a su vez, por una cadena de cristales mucho más pequeños. Hay un par de amigos míos que investigan sobre el particular, aunque no creo que consigan gran cosa.

—¿Por qué?

Bardon hizo un gesto ambiguo.

—Rick, ¿por qué un glóbulo blanco actúa contra los gérmenes que penetran en el cuerpo humano? ¿Por qué los glóbulos rojos transportan el oxígeno en la sangre? Se sabe cómo actúan, no el por qué... De la misma manera que un felino caza para matar. Es su instinto, ¿sabes? Y esos cristales actúan sobre el organismo humano... porque tienen que actuar, no sé qué más decirte.

—Tú y yo hemos ingerido sendos sorbos de ese agua. ¿Ha causado efectos en nosotros, aparte de los estimulantes que ya conocemos?

Mi amigo sonrió.

—Espera veinticinco años y lo sabremos —contestó.

—¡Eh! —exclamó Helen—. En tal caso, ¿por qué no me dan a mí una dosis del agua maravillosa?

Bardon me miró maliciosamente.

—Creo que es una petición que no se le puede negar —dijo.

Momentos después, tenía el frasquito en una mano y un vaso en la otra Pero no llegó a verter una sola gota de líquido.

—Deje ese frasco quieto —sonó amenazadora la voz de Hnannon Hir-Weffix.

* * *

—Una llegada muy oportuna —comenté, volviéndome hacia él.

—Así se puede calificar —admitió Hnannon llanamente. Alargó el brazo—. Vamos, déme el frasco, doctor.

Bardon vaciló.

—¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? —pregunté.

Hnannon sonrió.

—Me lo dijo cierta persona que no es preciso mencionar —contestó.

—Nancy Cullman —cité.

El vtruixano se encogió de hombros.

—Déme el frasco, doctor —insistió.

Bardon lo había destapado ya. Tranquilamente, lo invirtió y dejó que el líquido se derramara por el suelo.

Hnannon lanzó un agudo chillido de rabia.

—Pero, ¿qué hace, estúpido?

—No quiero provocar desórdenes en la Tierra

—contestó Bardon —Si se conociese la existencia real de la Fuente de la Juventud, se originarían verdaderos tumultos.

—¡A mí me ha dejado sin mi dosis! —se quejó Helen.

Hnannon estaba a punto de explotar, aunque logró contenerse.

—Está bien, todavía queda más agua de esa fuente… ¿Dónde está Morony?

Bardon vaciló. Me consultó con la mirada.

Yo hice un leve gesto negativo. Bardon pestañeó, asintiendo.

—Lo siento —dijo—. El capitán Morony no… esta visible.

Hnannon sacó una pistola de pavoroso aspecto.

—Doctor, ahora mismo me va a conducir usted a presencia de Morony o juro que les mataré a los tres

—masculló con rabia.

—Y si no lo hace él, lo haré yo —exclamó Nancy Cullman, apareciendo de súbito en la estancia.

Nancy también estaba armada, si bien su pistola era terrestre.

CAPITULO XV

—Era hora ya de que se quitase la careta, señora —dije tranquilamente.

Nancy me dirigió una furiosa mirada.

—Se ha entrometido demasiado en mis asuntos —manifestó.

—Soy periodista —expliqué sonriendo.

—Pronto dejará de serlo —amenazó la mujer—. Doctor, ¿dónde está Morony?

—¿Para qué quiere verlo usted? —pregunté.

—Sí, conteste —pidió Helen—. Usted lo mató y ahora quiere verlo...

Los ojos de Nancy centellearon de rabia.

—Fue un impulso repentino...

—Eso no es cierto. El perro también estaba muerto —alegué.

—Bien, tampoco importa demasiado. Me había puesto muy furiosa —confesó Nancy.

—¿Por qué? —preguntó Helen.

—Lance se había negado a indicarme dónde estaba la Fuente de la Juventud.

—Usted quiere prolongar su existencia, ¿no es así?

Nancy miró con desprecio a la muchacha.

—¿Y quién no? —respondió.

—¿Por qué no hablamos de otros temas? —sugerí—. Por ejemplo, de las muertes de Barry Brien y Tom Fyfe, los dos que conocían exactamente lo que pasó a bordo de la astronave el día en que murió Bob Glarr.

Hnannon se sorprendió de mis palabras.

—¿Qué tiene que ver eso con todo lo que estamos discutiendo aquí? —preguntó.

—Mucho, más de lo que usted cree —respondí—. Entre otras cosas, porque tanto Brien como Fyfe formaron parte de una segunda expedición enviada a Vtrux, unos dos años después de la anterior. Esta segunda expedición fue la que entabló relaciones con los nativos de aquel planeta.

—Eso es cosa sabida ya...

—En cambio, lo que no se sabe es que, al regreso, el número de pasajeros de la astronave había aumentado.

—Algún nacimiento, sin duda —dijo Hnannon—. La tripulación mixta suele dar estas sorpresas.

—El pasajero a quien yo me refiero había nacido dos años antes.

Hubo un momento de silencio. Nancy y yo nos mirábamos fijamente.

—Sí —corroboré—, usted también formaba parte de aquella expedición, en calidad de intendente de a bordo, señora Cullman. Comida, pertrechos y demás. Y no hizo el viaje precisamente por su afición a la astronáutica, sino que lo efectuó con un fin preciso, tomada ya su resolución aquí, en la Tierra.

Nancy estaba muy pálida y respiraba afanosamente.

—Usted seguía enamorada de Morony, pero él no la amaba a usted —continué yo, implacable—. Actuó por celos, por despecho... porque el incidente que usted me relató ya había ocurrido. Me refiero al día en que emborrachó a Morony y de este modo consiguió hacerle hablar... y así se enteró de los motivos de su desdén y de sus relaciones con una nativa de Vtrux, de cuyas relaciones había nacido una hija. La hija de Morony fue el tripulante que aumentó en una unidad el número de los ocupantes de la nave al regreso.

Nancy estaba demudada de rabia.

—Brien y Fyfe sabían todo esto —proseguí—. Y usted los asesinó para que no hablasen. Es más, cuando receló que yo andaba tras la pista de la verdad, me preparó la trampa del astropuerto, dejando deliberadamente un papel en la camisa de Brien, con la indicación de un armario guardaequipajes, en el que usted había preparado una trampa explosiva para quitarme de en medio. No se comprende un asesinato dejando atrás un dato tan importante.

—Entonces, Fakl murió por error... —barbotó Hnannon.

—Bueno, usted lo envió al astropuerto —dije yo—. Todos caímos en la trampa, pero Fakl tuvo la mala suerte de ser el primero. Ahora bien, los documentos que buscábamos no estaban allí. Me refiero a los que faltaban de la caja fuerte del capitán.

—¿Qué documentos? —preguntó Helen.

—Muy posiblemente, los mapas y notas que él tomó de la situación de la segunda Fuente de la Juventud. La caja fuerte estaba abierta, pero no forzada. Sólo una persona podía abrirla si conocía la combinación.

Era Nancy. La culpabilidad se reflejaba claramente en su rostro.

—¿Es cierto eso? —gritó Hnannon—. ¿Usted tiene los mapas y las notas del capitán?

—¡Sí! —admitió Nancy a gritos—. Pero no los entregaré ni nadie más que yo irá a esa Fuente... Entonces me rejuveneceré y volveré a ser hermosa de nuevo...

Jadeaba, lívida y descompuesta. Hnannon la miraba con expresión de furor.

—Ese secreto pertenece a Vtrux —dijo—. Usted me entregará los mapas o...

—¡Váyase al diablo, estúpido! —chilló Nancy.

Y le metió cuatro tiros en el cuerpo, así, como suena, uno detrás de otro, sin metáfora alguna, cuatro balas completamente terrestres.

Hnannon se desplomó, con el asombro pintado en sus facciones. Se convulsionó un poco y murió.

* * *

Helen se colgó de mi cuello, espantada por lo que acababa de ver. Bardon quiso socorrer al caído, pero Nancy se lo impidió, blandiendo el revólver.

—¡Quieto doctor! —ordenó—. No me obligue a matarle también.

—No te muevas, Lew —aconsejé.

—Es un asesinato —calificó Bardon.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer?

—Sólo una cosa —dijo Nancy—. Por última vez, ¿dónde está Morony?

—¿Para qué lo quiere? —pregunté.

—¿Es que no se lo figura, estúpido? Él y yo iremos a Vtrux y yo beberé hasta saciarme de aquel agua maravillosa...

Estaba loca. Los celos habían oscurecido su mente, en la que no había más que una obsesión: volver a ser joven y bella para conseguir atraer a Morony.

—Lo siento —dijo Tlocd—. Su figura ya no cambiará, aunque beba

de aquella fuente. Vivirá más, aunque no demasiado, y siempre con su aspecto actual, el cual, como es lógico, irá desmejorando con el paso de los años. Tendría que haber bebido hace veinticinco años y entonces hubiera conseguido algo positivo.

Nancy se quedó con la boca abierta.

—¿Es... eso cierto? —balbució.

Tlocd se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera, pero tendrá ocasión de comprobarlo por sí misma cuando pase el tiempo —contestó.

—En una cárcel —añadí yo inexorablemente.

Nancy retrocedió un paso. Me di cuenta de que la locura se adentraba más y más en su cerebro.

Su mente estaba desquiciada. El despecho, los celos, el odio..., sentimientos obsesivos que había incubado y albergado durante un cuarto de siglo, esperando tal vez un cambio en la actitud de Morony..., todo se conjugaba ahora para hacerla enloquecer de un modo definitivo.

Alargué la mano izquierda.

—Déme la pistola —pedí—. Usted ha actuado bajo el impulso de un trastorno emocional muy acusado. Los jueces tendrán en cuenta esta circunstancia...

—¡No!

Fue un chillido agudísimo, vibrante.

—¡No quiero compasión de nadie! ¡ Sólo deseo mi venganza..., vengarme de quien me quitó al hombre a quien yo amaba! ¡ Svyria morirá!

Y se abalanzó hacia la puerta, pero entonces Tlocd le disparó una descarga térmica.

—No está bien, pero creo que es la mejor solución —dijo, mientras veía caer al suelo un cuerpo carbonizado.

Svyria entró en aquel momento, seguida de Nardos y se quedó atónita al ver el panorama.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó, espantada.

—Luego se lo explicaremos —dije—. Lew, vamos a traer unas mantas.

—Sí —accedió Bardon.

Momentos después, los dos cuerpos quedaban ocultos a la vista. Svyria dijo:

—Alguien me llamó, diciéndome que acudiera aquí, en donde se me informaría de algo muy importante. Una inoportuna avería en el helimóvil me impidió llegar antes.

—Fui yo el autor de la llamada, aunque no di la cara —contesté—. Es hora de que se reúna de nuevo con su hija.

Svyria miró a Helen. Las dos mujeres comprendieron en el acto.

Alguien asomó de pronto.

—¿Por qué estoy aquí? —dijo Morony con voz torpe.

—¡Lance! —chilló Svyria.

—Vaya —comentó Bardon—, parece que el tratamiento ha dado resultado antes de lo previsto.

* * *

—Una historia terriblemente interesante —calificó mi jefe, envuelto en nubes de humo.

—Espero que no le haya defraudado —sonreí.

—Todo lo contrario, Rick; lo has hecho a las mil maravillas. Pero hay todavía algunos puntos oscuros.

—¿Por ejemplo...?

—Las armas que usó Nancy. Todas no eran terrestres.

—Se las trajo ella en su viaje a Vtrux, como curiosidad. La ballesta fue entregada al asesino pagado, para hacer cargar las culpas sobre Hnannon.

—Entiendo. Ahora bien, parece que había diferencias entre Svyria y Hnannon.

—Las había, efectivamente. Hnannon pretendía la exclusividad de la Fuente de la Juventud para su grupo político. Ese agua pertenece a todos los vtruxianos.

—¿Y a los terrestres no? —preguntó mi jefe ávidamente.

Me eché a reír.

—Los efectos de ese líquido son menores de lo que la gente cree —respondí—. Ciertamente, estimula mucho y ayuda a prolongar la existencia, pero, además, hay que vivir en Vtrux, conjugando la ingestión del agua con las condiciones ambientales. El trago que yo tomé dudo mucho que alargue en más de cinco o seis años el tiempo que yo deba vivir corrientemente. Ah, el líquido que derramó Bardon era agua terrestre.

—Un truco astuto —rió mi jefe—. Pero ¿cómo no murió Morony?

—Bueno, él sí había bebido agua de Vtrux hace veinticinco años y aún le duraban los efectos. Además, Bardon intervino a tiempo, antes de que el veneno completase su acción funesta en el organismo de Morony. Le costó muchos días hacerlo reaccionar, cosa que no hubiera sido posible en los otros asesinados por el mismo procedimiento y que no habían bebido agua de la Fuente de la Juventud.

—Todavía hay más puntos que aclarar. ¿Por qué inició Nancy su serie de asesinatos?

—Sabía que Svyria vendría a buscar a Morony.

—¿Los celos?

—Sí, jefe.

—¿Qué pasó a bordo de la nave? ¿Mató Morony a Glarr?

—Hubo lucha. Fue una muerte accidental. Desde luego, Glarr había entrado en la cámara, pero no por el agua, sino porque creía que Morony había encontrado piedras preciosas.

—Entiendo. De modo que ahora Morony y Svyria regresan a Vtrux.

—Sí, ¿qué otra cosa podían hacer?

—Localizarán la Fuente de la Juventud.

—Por supuesto.

—Rick, ¿no podríamos montar allí una agencia de la revista? —sugirió mi jefe de repente.

—¿La dirigiría yo?

—¡No, diablos! Yo sería el director… Aunque te daría un empleo en la agencia.

Me puse en pie.

—Haga lo que quiera. Yo también me voy a Vtrux —declaré.

Burt Wyle respingó.

—Eso no me lo habías dicho, Rick —se quejó.

—Haga memoria, jefe —contesté—. Después de todas las peripecias pasadas, Helen se va a Vtrux con sus padres.

—Y tú te vas detrás de ella, Rick.

—Detrás de ella, no; a su lado —puntualicé.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

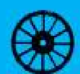




TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



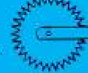
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas

GUERRA

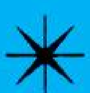
HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.